

**CURSO DE FORMADORES – ROMA
SEXUALIDAD**

TEXTOS PARA LA EXPOSICIÓN

José Luis Martínez Martínez, OSA

I. MARCO REFERENCIAL DE LA SEXUALIDAD Y DE LA IDENTIDAD DE GÉNERO.

Los días 19 y 20 de febrero de 2003, el teólogo J.I. González Faus escribía dos artículos en el periódico La Vanguardia, de Barcelona, con el título “*El amor hecho polvo*”. Dice él que nuestra cultura actual afirma que la sexualidad continúa siendo “*asignatura pendiente*” en la Iglesia. Pero, no solamente en la Iglesia, también en nuestra sociedad actual no acabamos de aprobar esta asignatura.

Por ello me parece una excelente idea la organización de este encuentro internacional para formadores, en el que tendremos oportunidad de abordar el tema de la sexualidad desde diferentes puntos de vista y distintos enfoques que nos posibilite una comprensión del celibato integral e integrado.

Evidentemente no es de “sexo” de lo que vamos a tratar en estas jornadas, si por sexo se entiende lo puramente genital, básicamente orientado a la búsqueda de placer. Tampoco nos limitaremos a hablar de una realidad emocional de carácter psíquico, desmembrada de su soporte orgánico-corporal. Asimismo me parece importante señalar que también hablaremos de la dimensión espiritual o del sentido, sin el que la sexualidad pierde profundidad y humanidad.

Podemos utilizar las palabras genitalidad, sexualidad, afectividad, amor, libido, deseo y siempre nos encontraremos con las dificultades propias de quien intenta enmarcar un rico concepto, o mejor, una intensa y amplia vivencia en palabras estrechas e insuficientes. Algunos investigadores y corrientes psicológicas con esmero de científicidad, tienden a entender la sexualidad desde una perspectiva puramente orgánica y puramente comportamental, prescindiendo de la experiencia afectiva. Otras corrientes, como el psicoanálisis, se refieren a la sexualidad superando la dicotomía tradicionalmente heredada de la visión dualista cartesiana. Todos sabemos que Freud amplía la comprensión de la sexualidad más allá de lo corporal, a lo afectivo, tanto consciente como inconsciente, sustrayéndola de la investigación científica tal y como generalmente se entiende. En esa ampliación la imagen del hombre fue revisada y dio paso a una revolución antropológica y cultural cuyas manifestaciones encontramos por doquier.

En la visión freudiana, el desequilibrio energético sexual engendra una tensión y la consecuente búsqueda del equilibrio sexual por medio de la satisfacción del instinto. El ego procura disminuir la ansiedad satisfaciendo el impulso –dirigido hacia un objeto adecuado (compañero del sexo opuesto)- y cuyo objetivo es el reequilibrio energético sexual (mediante la unión de los órganos genitales y el coito). Lo que se busca, pues, es el sosiego provocado por una satisfacción instintiva alcanzada. Se procura *evitar el displacer y conseguir el placer* como meta fundamental de la psique humana.

En un sentido más amplio y actual el llamado “deseo pulsional” dice relación a *la falta de ser y al apetito de ser* que constituye la esencia de lo humano. Y es que no podemos entender la sexualidad como un instinto biológico al servicio de la reproducción de la especie, sino como una fuerza (pulsión) que, partiendo del organismo aspira a un encuentro fusional totalizante y placentero. Frente al deseo se sitúa la ley que lo limita, frente a la apetencia la norma, como inevitable barrera que impone lo real. Sin embargo, la sexualidad demuestra una inagotable capacidad para adaptar sus aspiraciones a las más diversas situaciones. En ellas los condicionantes históricos y culturales se entremezclan con lo biológico y lo afectivo en el afán de realización sexual humana¹.

Si el Psicoanálisis y la Psicología consiguen iluminar un poco más el fenómeno humano, saliendo al encuentro de realidades como el amor, el placer y el sexo, también es verdad que lo hacen prescindiendo de la dimensión espiritual. No se considera adecuado para una disciplina científica implicarse en esa área. Sus variados sustratos antropológicos apuestan por un ser humano capaz de entenderse, funcionar de forma sana, construirse y construir el mundo por sí mismo. Más recientemente otros enfoques de orientación humanista y existencial redescubren y valoran el elemento espiritual humano y su importancia para la vida, el equilibrio y la salud de las personas².

Mientras, en la Iglesia no hemos sido capaces de dialogar, con humildad y esfuerzo de comprensión, sobre la sexualidad y todo lo que ella comporta, a la luz de los nuevos descubrimientos. No hemos sido capaces de acompañar las nuevas ideas y conductas que insisten en ocupar un espacio, de forma digna, en el acontecer humano. Hoy todavía se nota un miedo que se manifiesta en el rechazo gratuito o en la reluctancia persistente a la hora de reflexionar y acoger esos fenómenos como parte de la realidad humana y sociocultural en la que estamos inmersos.

Hemos de reconocer que la sexualidad está recabando prioritariamente la atención de generaciones y, lejos de desgastarse, ocupa un lugar preeminente en todos los ámbitos socioculturales, en la cabeza y en el comportamiento de las personas³. Nos afecta, querámoslo o no y con ella hemos de dialogar con sinceridad y franqueza.

También hemos de admitir que el factor cultural tiene una influencia decisiva sobre la sexualidad; por ello a menudo sentimos dificultad para evaluar su influjo sobre nosotros. Con frecuencia, exageramos su valor o le disminuimos según los reguladores sociales que operan en nuestro ambiente cultural. Podemos, inclusive, llegar a negar su importancia o a extremar su práctica.

¹ Domínguez Morano, C., *Los registros del deseo*, Desclée de Brouwer, Bilbao, 2001, p. 24.

² Análisis Existencial de Binswanger, la Logoterapia de Viktor Frankl, la Psicoterapia Existencial de Rollo May, el Análisis Transaccional de Berne, y el movimiento de la Psicología Transpersonal que ha experimentado un auge importante desde los años 70, entre otros. Sin olvidarnos de Abraham Maslow y Charlotte Bühler.

³ Hasta en la distante y diferente cultura china, varios sexólogos han creado un “coeficiente sexual” como complemento del intelectual y del emocional para analizar la salud de una persona. Según ellos, el coeficiente sexual del ciudadano chino medio es muy inferior al de un europeo o un americano, debido al fuerte tabú que todavía rodea al sexo en la sociedad china, donde muchas personas llegan vírgenes al matrimonio y la media de compañeros sentimentales en la vida de un ciudadano de este país es inferior a dos (Fuente: ABC, 24 de enero de 2003)

La llamada “liberación sexual” trajo, efectivamente, nuevos aires a un tema cuya construcción durante siglos se tornó absolutamente despojado de realismo y relleno de interpretaciones erróneas, aprensiones, prejuicios, escrúpulos, culpabilidades y neurosis. Consiguió plasmar una comprensión y unas vivencias más naturales de la sexualidad sin preocuparse - seguramente como reacción - de sus implicaciones éticas y afectivas. Se dio importancia al cuerpo, sus necesidades y cuidado como nunca antes pero también se generó un culto del cuerpo digno de nota. Se ensalzó el derecho al placer, al goce, a un estado de permanente disfrute al mismo tiempo que remitía la voluntad de afrontamiento de los inevitables conflictos de la existencia. Se consideró que la salud emocional estaba inevitablemente relacionada con la capacidad de buscar y sentir placer sin medida y sin descanso⁴.

En nuestra sociedad occidental andamos rápidamente en una dirección en la que habíamos hecho poco camino durante siglos y ahora nos encontramos algo perdidos pues no quisimos que nos acompañase la prudencia y la medida. Al mismo tiempo que somos bombardeados por todos los lados con propaganda sobre sexo y que la liberación en este campo es más concreta y extendida, recibimos la clara confirmación de que nunca como hoy han existido tantos trastornos de orden sexual⁵. Este dato, claramente sintomático, apunta a un propósito que podríamos describir, en su forma más general y absoluta, con el término de normalización en el sentido de adquirir la unidad perdida en el ser. Sugiere, pues, corregir el desequilibrio existente en la conducta sexual. Pretende conducirnos al descubrimiento de lo que hemos dejado ignorado u escondido en nuestra persona, cultivarlo y vivirlo. Nos recuerda que, quienes padecen desajuste en su vivencia sexual, pueden aspirar a un mayor equilibrio sabiendo que la integración sólo es posible cuando se asume la parte de la sombra⁶ que el síntoma encierra. Por eso mismo, la curación va unida a la consecución de la plenitud y la unidad del ser. El hombre está curado cuando encuentra su verdadero ser y se unifica con todo lo que es.

En el complejo campo de la sexualidad, pues, podemos arrastrar un importante desequilibrio, una fractura nada fácil de subsanar, agravado por la postura, aparentemente irreconciliable, del enfoque católico por un lado y, por otro, de la visión predominante y prácticas más comunes de nuestra cultura posmoderna. Encontramos a la persona actual situada entre diversos modelos en materia de comportamiento sexual abogando unos por prácticas intensamente liberalizadoras y ampliamente exentas de regulaciones morales y posturas humanizadoras mientras otros, expresan su visión peyorativa, parcial y miedosa de la sexualidad. Otros, en fin, apoyados en un fino análisis del confuso mundo de la sexualidad, defienden la necesidad de enfoques que busquen el equilibrio sexual, afectivo y ético.

⁴ Según Freud los pacientes psíquicamente enfermos necesitaban readquirir su capacidad de sentir placer y su capacidad de trabajar.

⁵ Se atribuye a antiguamente pero todavía existen en diferentes ambientes contemporáneos, trastornos que derivan de una fuerte negación e intensa represión de la libido. Con demasiada frecuencia hemos verificado neurosis obsesivo-compulsivas, correspondientes a estados escrupulosos de conciencia, neurosis histéricas y maneras autoritarias y agresivas de lidiar en las interacciones y con la realidad. Pero, sobre todo, nos encontramos con trastornos derivados del seguimiento de una liberación sexual que supone la trivialización del sexo, el culto del deseo y el consumismo genital.

⁶ En la psicología analítica de Jung la sombra es la totalidad de las tendencias personales y colectivas inconscientes, incompatibles con la forma consciente de vida, por lo que no están integradas en el Yo. La sombra funciona como una personalidad restricta, aunque con relativa autonomía, que actúa como compensación para la conciencia, representando no solamente los impulsos reprimidos sino también las tendencias para el futuro. En el análisis se pretende hacer a la sombra consciente.

Nosotros, los religiosos/as, evidentemente, nos encontramos en una situación nada cómoda delante del intensificado desafío que ese complicado panorama supone para nuestra consagración. Por si tuviésemos dudas de la dificultad para acoger el celibato⁷ en sí mismo, ahora nos encontramos con que se añaden más motivos para sentirnos confundidos y quizá incómodos. Sentimos que nuestra sociedad no solamente no valora sino que no entiende un compromiso celibatario como el nuestro. Así no es de extrañar que, de la misma forma que, en materia sexual, se refleja una fractura en la que se encuentran muchas personas de nuestra sociedad, creo que también se aprecian importantes divisiones en muchos religiosos/as que no saben o no consiguen responder coherentemente en esta nueva situación. No solamente porque somos insistentemente invitados a adoptar la mentalidad vigente en materia sexual sino porque la intensa y efectiva estimulación encontrada por todos los lados y de todas las maneras imaginables, fortalece el reclamo interior del impulso sexual y va ganando importancia la necesidad de satisfacer la libido. Complica ese cuadro la poca formación y escasa maduración afectiva alcanzada por muchos religiosos⁸. Dentro de ese horizonte es particularmente difícil situarse de forma tranquila y equilibrada ante tamaña presión exterior e interior y, por supuesto, encontrar el sentido que guíe nuestra conducta por parámetros integradores.

La evolución sexual

No hay duda de que es importante conocer los condicionantes del pasado para poder analizar nuestra mentalidad y vivencia sexual en el presente. Así mismo, tomar conciencia del presente en orden a superar el miedo y la desconfianza, valorar la sexualidad y vivirla con libertad y responsabilidad. Pero esto no es fácil.

La sexualidad destaca por su radical ambigüedad, resaltando para el ser humano por su carácter desconcertante, enigmático, misterioso y amenazador. Siempre procuré conocerla mejor y darla un sentido. Los modernos estudios nos conducen al primer momento del desarrollo humano, a la infancia, como relevante en lo que se refiere a la vivencia sexual del adulto.

Hoy la palabra sexo casi siempre se reserva para indicar los componentes biológicos y anatómicos que permiten a un ser humano ser llamado de varón o mujer. Con John Money, se pasa a utilizar el término género, en 1955, para referirse a los aspectos psicológicos y sociales de la masculinidad y de la feminidad, es decir, los códigos culturales asociados a uno u otro sexo.

⁷ El valor del celibato es compartido por otras culturas, como otros valores no específicamente cristianos, por ser un valor humano. Sino fuera un valor humano tampoco podría serlo cristiano, pues ser cristiano es la utopía del ser plenamente humano (Joan Carrera i Carrera. *“En busca del Reino: Una moral para el nuevo milenio”*. Apostilla). De hecho, muchas tradiciones religiosas lo han practicado o lo comparten a través de grupos monásticos, como el antiguo judaísmo, los esenios, el budismo y el hinduismo.

⁸ Se calcula que: Dos tercios, aproximadamente, un 70% de los adultos en la civilización occidental (las estadísticas sólo se han hecho en esos países), se encuentran en un estado de inmadurez afectiva. (M. Szentmartoni, *Maturità affettiva*, en *Ortientamenti Pedagogici* 32, 1985). En el ámbito de la vida consagrada, otros estudios independientes entre sí, como los de Baars y los de Rulla, demuestran que el 60-70% de los sacerdotes de América del Norte y Europa son afectivamente inmaduros. (Benito Goya, *Psicología de la Vida Consagrada*, S. Pablo, 1997, p. 101)

El mismo Money explica la identidad de género (1966) como la convicción interior de ser varón o mujer lo que, en ciertos casos, puede no corresponder con el sexo biológico de la persona. Supone tener impulsos y tendencias a comportamientos que una determinada sociedad considera como propiamente masculinos o femeninos.

La identidad de género se suele establecer firmemente alrededor de los dos o tres años de edad y, según Stoller (1993) puede considerarse prácticamente inalterable desde ese momento. Cualquier esfuerzo para modificar esa identidad, en los años siguientes, seguramente estarán destinados al fracaso (Vitale, 1997).

Los estudios más recientes nos indican que en los primeros años de vida, el niño está tan unido con su madre que se siente parte de ella. Esa situación, dependiendo de cómo la madre permita al niño separarse, podrá dejar marcas. De esa manera entendemos que la masculinidad del varón, en lugar de ser una consecuencia natural, sería una conquista en ciertos casos muy difícil. La feminidad también exige que la niña se separe de su madre pero no particularmente de su feminidad. Por eso, la niña tiene ventaja para desarrollar una identidad de género correspondiente a su sexo.

Alrededor del tercer año de vida, normalmente, el niño consigue desvincularse de la simbiosis con su madre mientras que se prolonga o perpetúa en la niña. Cuando la intimidad entre madre e hijo es excesivamente intensa, puede ocurrir la identificación femenina del niño con la madre bloqueando el ulterior proceso de identificación con el padre. En la mayoría de los casos, primero la madre y después el padre y los hermanos, desestimulan al niño si este insiste en aferrarse a su madre.

Existen algunos factores que refuerzan esa fusión perfecta con la madre que, a su vez, propicia la identificación femenina:

- extrema intimidad y aproximación madre-hijo;
- mujeres que antes de dar a luz, sufren de depresión crónica;
- prolongadas ausencias físicas del marido;
- marido pasivo, no afectivo, despreciado por la madre.

Según Freud habría una identificación primaria con el padre en un proceso anterior y preparatorio del complejo de Edipo. En ese caso, se forma en el niño un ideal de género, un modelo con el que el Ego tiende a identificarse. Sin embargo, si el padre se encuentra física o emocionalmente distante, esa identificación puede no ocurrir pues en la fantasía del niño el padre se representa como una figura ausente o inadecuada. Como la masculinidad para el niño tiene poco valor, la identificación con la madre –con lo femenino- puede prolongarse o puede identificarse con lo masculino de manera deficiente. Influye también negativamente en este proceso la actitud de una madre dominadora, desvalorizadora de lo masculino y que rechaza la relación con el marido.

En condiciones normales, el refuerzo de la identidad masculina ocurre cuando el padre y la madre muestran satisfacción y orgullo, tanto de la masculinidad paterna como de la del hijo. El padre participa en la construcción de la masculinidad del niño:

- como modelo a partir de su cuerpo de varón;
- como modelo de hombre masculino en sus papeles sociales;
- como modelo que valora su propia masculinidad;

- como modelo de hombre masculino aceptado y deseado por una mujer (Bleichmar, 1988).

Cuando el niño alcanza la edad del conflicto edipiano, la identidad de género ya se ha adquirido, la masculinidad o feminidad se ha establecido. Sabemos que, en un cierto momento, el niño pasa por una ansiedad de castración, es decir, entiende que de continuar deseando conquistar a la madre, corre el peligro de perder sus atributos masculinos y transformarse en mujer. Ese proceso y ansiedad inherente es benéfico pues le ayuda a transferir su deseo sobre otros objetos e posibilita su identificación con la figura paterna⁹.

Durante el período de latencia y, más tarde, durante la adolescencia, el niño no dudará de su género, sino que estará pendiente de la dirección que tome su orientación sexual y sus comportamientos sexuales, orientación que tiende a definirse durante la adolescencia¹⁰. De esa manera, la orientación por un objeto, solamente definirá la orientación sexual, hétero u homosexual, pero no afectará el género del niño.

Comportamiento Sexual

Centrándonos específicamente en el comportamiento sexual, encontramos algunas grandes fases propias de la evolución sexual de cada persona, sea varón o mujer:

1. Infancia (Hasta los 6 años aproximadamente)

Autosexualidad. La sexualidad está orientada para el propio individuo. Sexualidad cerrada. *Centrada en el placer.* Masturbación como forma de expresión de la sexualidad. La búsqueda del placer y la apropiación de la identidad corporal son las dos finalidades de esta fase.

2. Pubertad. (De 11 a 13 años – Despertar)

Se caracteriza por la *homosexualidad*. Antes de dar el paso para lo que es diferente se detiene en lo semejante (pueden ocurrir fantasías, sueños, juegos sexuales y también transacciones sexuales o solamente una intensa vinculación afectiva). El púber se identifica en el otro semejante. En él y en la masturbación procura el placer y la apropiación de su cuerpo y de su identidad. Ocurre el inmediatez y la necesidad de sensaciones y emociones fuertes en un mundo que comienza a ser descubierto. Es una fase de transición entre la sexualidad infantil y la adulta. (Aparición del deseo – Humanización).

3. Madurez

⁹ Si el individuo ha pasado por las fases oral, anal, fálica o edípica, de latencia sin fijaciones indebidas, al llegar a la fase genital y comenzar la pubertad, se convierte en capaz de una sexualidad madura. La capacidad para la sexualidad genital se consideraba originariamente equivalente a la consecución de la madurez afectiva. En un sentido estricto, Freud no se proponía establecer fases en el desarrollo de la personalidad, sino señalar las vicisitudes de la energía sexual denominada por él libido y considerada como fuerza motivadora primordial de toda la conducta humana.

¹⁰ No se puede pretender un paralelismo entre el desarrollo del género y el de la personalidad. La identidad de la personalidad solamente se alcanzará al final de la adolescencia.

Se da el paso para lo *diferente y complementario*. Heterosexualidad. La sexualidad no se reduce a la genitalidad. La masturbación, en condiciones normales, debe haber desaparecido. La energía sexual canalizada fluye de manera natural por los canales que le son abiertos además de por el canal genital. El célibe renuncia a la expresión del amor propia del matrimonio. La persona acepta plenamente su ser hombre o mujer (identidad de género).

CUESTIONARIO

1. Algunas personas dicen: “Alguien es varón o mujer (en el sentido de género) porque así nació”. Otros señalan: “Quien nos hace varón o mujer es la sociedad, de acuerdo con lo que hoy en nuestra cultura significa ser varón o mujer”.
¿Quién tiene razón? ¿Por qué?
2. ¿Hasta qué punto es importante en la identidad de género el ambiente familiar?
3. ¿Cómo nos situamos, en el hoy de nuestra cultura, delante de la vivencia de la sexualidad que tienen las personas de nuestro entorno?
4. ¿Qué dificultades representa para la formación las creencias y vivencia de la sexualidad de los jóvenes actuales?

II. DESARROLLO AFECTIVO. FACTORES DETERMINANTES Y MODELOS.

Son muchos los factores que inciden en el crecimiento y desarrollo humanos. Tales elementos constituyen parte integrante de las diversas subculturas a las cuales pertenecen las personas. La raza, el sexo, las condiciones étnicas y el nivel socioeconómico influyen en el desarrollo al igual que la herencia. Desconocer los factores ambientales que influyen en un individuo en particular hace que surjan lagunas en la comprensión de esa persona, y limita la ayuda que pudiéramos ofrecerle para desarrollar todas sus potencialidades.

Ahora bien, está fuera de toda duda la decisiva importancia de un *cuidado materno-paterno* adecuado durante los primeros tiempos de la vida para la futura estabilidad emocional de la persona. De esa manera, la educación sexual, como cualquier proceso educativo, no empieza a los seis, ocho años o con la pubertad, sino con el primer aliento del niño, lo mismo que el aprendizaje de las habilidades sociales. Lo que podríamos denominar la “capacidad para una feliz relación amorosa” debe comenzar a germinar muy pronto, ya desde los primeros días de vida. Es la primera infancia una etapa de gran plasticidad en la que se deben tener ciertas experiencias y aprender ciertos tipos de comportamiento que, de lo contrario, siempre se padecerá en algún grado su carencia. Es una etapa fundamental para la maduración orgánica, intelectual, afectiva y social, áreas con un potencial inmenso de desarrollo e interdependientes en su concreción.

Aunque tradicionalmente, los investigadores de la Psicología evolutiva se han concentrado en el estudio de las distintas maneras en que las madres afectan el desarrollo de la personalidad de sus hijos, sin embargo, más recientemente, cada vez más estudiosos reconocen que el crecimiento de los bebés se da en un sistema familiar

complejo, que incluye padres, hermanos y hermanas, abuelos y otras personas significativas, según el modelo familiar tradicional. También otros modelos familiares van ganando cada vez mayor relevancia, como la presencia de uno solo de los padres, hermanos de diferente padre o madre, la sustitución materna y/o paterna por parte de los abuelos, etc., con la complejidad que ello supone en los vínculos y en las relaciones.

En la mayor parte de las sociedades, las madres son las primeras personas que cuidan de los niños por ello las investigaciones se han centrado en el desarrollo emocional, en general, en función de el lazo entre madre e hijo. La “madre”, entendida como la primera persona que lo cuida de manera continuada, podría ser el padre, un abuelo u otra persona cariñosa sustituta. Este enlace, en definitiva, es una relación activa, afectiva y recíproca que va reforzando y haciendo más vigoroso el vínculo. Lamb (1978) ha encontrado que los niños parecen formar vínculos con ambos padres casi al mismo tiempo, pero que al finalizar el primer año prefieren a la madre pues es ella la que suele estar más dedicada al bebé.

Durante la lactancia y la primera niñez, los dos primeros años, la madre feliz, equilibrada y cariñosa es indispensable para que el niño se desarrolle psíquicamente sano. Se sabe que la gran mayoría de las madres llevan instintivamente a sus hijos con la cabeza apoyada en el brazo izquierdo pues los latidos del corazón son el mejor tranquilizante y la mayor señal de protección. A su vez, los niños que raramente son cogidos por sus padres pueden sufrir de inseguridad e inestabilidad afectiva. Cuanto mayores son el aislamiento y la distancia entre el niño pequeño y su madre más graves tienden a ser las consecuencias para la vida posterior y para el ulterior comportamiento sexual y conyugal.

Paradójicamente, mientras más fuerte sea la relación del niño con el adulto que lo cuida, más fácil le resultará dejar esta persona. Los niños seguros de su relación no necesitan mantenerse agarrados a sus madres. Conocedores de que tienen una base segura a la cual volver, se sienten libres para explorar el entorno, retornando periódicamente para reasegurarse.

Un segundo componente infantil de la educación sexual se refiere al tipo de familia a la que el niño pertenece. A partir del segundo o tercer año de vida, el niño comienza a percibir la relación entre el padre y la madre y –lo que es más importante- a aceptarla como modelo. La forma en que el padre y la madre hablan entre sí, se tratan con cariño o se pelean, es un primer e incuestionable modelo para el niño. Imaginemos la importancia que tiene la pertenencia a una familia bien estructurada, en la que existe respeto mutuo, gestos de cariño explícitos, palabras amables, tolerancia y comprensión, para la educación sexual y afectiva del niño. Más que grandes discursos o completas explicaciones sobre sexo más tarde, se impone lo que haya sido vivenciado en esta época en el seno familiar. El comportamiento sexual del futuro adulto, pues, seguirá con gran facilidad el modelo aprendido en la primera infancia.

Un tercer elemento que incide grandemente en el moldeamiento del comportamiento sexual del futuro adulto es el estilo educativo y los valores transmitidos por los padres. Claro que la influencia y educación de los padres dice relación no sólo a comportamiento sexual, sino a ajuste emocional, capacidad para afrontar las dificultades y exigencias y sentido que pueda dar a su vida. Hoy encontramos grandes lagunas en la educación familiar que van desde ausencia física e inhibición comunicativa de los

padres, pasando por una permisividad exagerada, hasta una sobreprotección que ahoga el crecimiento de los hijos.

En nuestros colegios y otras obras solemos tener niños y adolescentes abandonados a su suerte o simplemente reducidos a la formación que el colegio sea capaz de darles. Simultáneamente, los padres de esos alumnos suelen ofrecer a sus hijos golosinas en exceso, dinero en abundancia, fácil satisfacción de sus caprichos evitándoles cualquier trabajo o responsabilidad. Al mismo tiempo suelen tener poquísimos contactos con sus hijos, brillando por su ausencia una conversación seria, la observación de su desarrollo y cuidado en su seguimiento, gastar tiempo por medio de un paseo, juegos, etc. Pobre y difícil futuro espera a esos hijos cuando tengan que afrontar el mundo en solitario a partir de su edad adulta.

¿Y en lo que se refiere a su comportamiento sexual? Sabemos que solamente un porcentaje mínimo de los jóvenes (y adultos) fracasan en una relación íntima por falta de conocimiento de los usuales procedimientos sexuales. Hoy sobra información y hace falta comprensión además de una ética sexual sana. Lo que provoca los incontables problemas sexuales es la actitud errónea ante la sexualidad y ante la pareja como objeto de satisfacción genital o afectiva. Si a los niños se les educa sin presencia amorosa, sin ejemplo ni transmisión de valores humanos y en lo que respecta a la educación sexual nos limitamos a proporcionarles información sobre la estructura y la función de los órganos sexuales, no debemos sorprendernos de que, cuando sean jóvenes, utilicen su sexualidad de forma indiscriminada e irresponsable, porque no han aprendido a orientar su libido y no pueden ver en el sexo otra cosa que breves momentos de placer.

No han podido aprender que la sexualidad es una de las muchas formas de expresión del amor, y que para una auténtica unión interpersonal se requieren otras formas de expresión, entre las que el sexo no es siquiera la más importante. En la educación del niño, por tanto, es fundamental la formación en su capacidad de amar unida a su capacidad de ser responsable.

Hasta el momento evolutivo de la pubertad los padres ofrecen una determinada visión del mundo. Así los valores transmitidos por ellos, con sus palabras y comportamientos, son interiorizados por el hijo e integrados en su personalidad (se trata de valores éticos, religiosos, cómo lidiar con los sentimientos, niveles de responsabilidad, etc.). Este tiempo, entre la infancia y la pubertad, no es mucho pero es un tiempo precioso para moldear los fundamentos de la personalidad del futuro adulto. La mayor parte de los problemas de los niños en esta edad pueden ser resueltos si los padres solucionan sus dificultades.

Ya en la pubertad, época de emancipación de la tutela estrecha de los padres, es demasiado tarde para poner las bases de una determinada personalidad y concepción del mundo. Sin embargo, si se han puesto, parecerán tan evidentes que difícilmente se desearán. Esa será la base más sólida para soportar las dificultades de la madurez y facilitar una vida adulta afectivamente satisfactoria y llena de sentido.

Modelos de desarrollo

En nuestra reflexión sobre el desarrollo humano podemos seguir uno de los variados modelos existentes, cada uno con sus defensores y críticos y siendo conscientes de que

cualquiera de ellos no constituye la explicación completa y total. Las más representativas son la explicación conductista, la psicoanalítica y la humanista.

Los conductistas creen que los seres humanos aprenden acerca del mundo de modo similar a como lo hacen los animales, reaccionando ante recompensas y castigos proporcionados en sus ambientes. De acuerdo con ellos, el condicionamiento es el mecanismo básico que determina el comportamiento humano. El conductismo destaca el papel del ambiente en la producción del comportamiento. No es realmente una teoría del desarrollo, ya que aplica las mismas leyes básicas de aprendizaje para explicar el comportamiento en todas las edades. Sus técnicas de modificación del comportamiento se han revelado muy útiles en ciertos casos y conductas.

La perspectiva psicoanalítica sostiene que las personas no son activas ni pasivas, sino que se mantienen fluctuando entre dos estados, siempre en conflicto entre sus impulsos naturales y las restricciones que les impone la sociedad. La naturaleza de estos conflictos depende del nivel de desarrollo en el que se encuentra una persona en un momento determinado. La experiencia que se tenga durante las etapas oral (nacimiento-12 ó 18 meses), anal (12 ó 18 meses-3 años), fálica (3 años-5 ó 6), latencia (5 ó 6- hasta la pubertad), genital (pubertad en adelante), determinan pautas de ajuste y rasgos de personalidad para la vida adulta. Los individuos pueden quedar fijados a una determinada etapa si sus necesidades no se satisfacen o si se satisfacen excesivamente. La fijación implica una vinculación inmadura que permanece en una forma de existencia neurótica e interfiere con el desarrollo normal. *(Freud se refiere en forma vaga a la manera en que se da la fijación; además, sólo pudo teorizar sobre lo que sucede en la mente del bebé).*

Eric H. Erikson, psicoanalista, se interesó por la influencia de la sociedad en el desarrollo de la personalidad. La teoría de Erikson concede importancia a las influencias sociales y culturales sobre el desarrollo, en tanto Freud se centra en factores biológicos y de maduración. Otro aspecto importante de su teoría es que cubre la trayectoria entera de la vida, mientras que la de Freud sólo llega hasta la adolescencia. Erikson describe ocho estadios de desarrollo psicosocial, cada uno de los cuales depende de la resolución exitosa de un punto decisivo, o crisis. En cada estadio evolutivo, la persona sobrelleva un conflicto principal que ha de afrontar y superar. La forma en la cual se resuelva o no cada estadio, influye en el desarrollo final de la personalidad individual.

Los humanistas consideran que la persona tiene en sí misma la habilidad para manejar su vida y fomentar su propio desarrollo. Además, estos teóricos destacan las capacidades individuales para lograrlo mediante la creatividad y la autorrealización. Dos figuras principales del humanismo, Abraham Maslow y Charlotte Bühler, se refieren a estadios secuenciales en el desarrollo del individuo. Maslow (1954) identifica una jerarquía de necesidades que motivan el comportamiento humano de forma que cuando una persona ha satisfecho las necesidades más elementales, se esfuerza por satisfacer las del siguiente nivel (fisiológicas, seguridad, pertenencia y amor, estima, autorrealización). La persona que satisface las necesidades más elevadas es quien está plenamente desarrollado, autorrealizado. Charlotte Bühler (1933 y ampliado en 1968) establece cinco fases en el desarrollo humano basado en el logro de metas personales. Sostiene que existe algún tipo de orientación hacia una meta a lo largo de la vida entre las personas autorrealizadas. El humanismo constituye un modelo de desarrollo humano

optimista y positivo. Como teoría científica tiene, sin embargo, grandes limitaciones, debido a su subjetividad.

Un modelo referencial

Aquí me apoyo en el modelo de *Erikson* porque nos ayuda a comprender cómo se constituye la identidad de una persona y cómo evoluciona su red de relaciones consigo misma y con el mundo, desde el nacimiento hasta la muerte.

Ya vimos los primeros ciclos de la infancia y pudimos constatar que son condicionados principalmente por la manera cómo ocurre la relación padres-niño. Según Erikson, durante la adolescencia ocurre la *fijación de la identidad* en oposición a la confusión de rol. Se desenvuelve la respuesta a la típica pregunta: *¿Quién soy yo?* Lo que puede resultar en una claridad que proporciona un sentimiento de identidad del yo hacia el final de la adolescencia, base necesaria para construir las siguientes opciones adultas. O puede ocasionar una confusión interior que, a su vez, provoca la indefinición de identidad para el resto de la vida. Es en estos años que el individuo debe descubrir quién es y *decidir lo que quiere hacer, en qué creer y a qué dedicarse*. Normalmente, es en esta fase, entre los 18 y 25 ó 30 años, que la Iglesia reconoce y legitima el deseo del joven que solicita un compromiso de consagración permanente.

Son años de intenso trabajo de interiorización y construcción del *yo-ideal* (lo que la persona todavía no es pero quiere y proyecta ser; se relaciona con el “deseo”, con los ideales y valores con los que se identifica), adecuado a lo real con sus limitaciones y posibilidades. Esto envuelve prácticamente toda la personalidad, desde la autoimagen y papel sexual hasta el crecimiento en la capacidad de relación y de entrega, vida de oración más personalizada y fortalecimiento de las actitudes propias de la vida consagrada. Será a través de una lenta apropiación y personalización de las propias habilidades y de los valores de la vida religiosa que se procesará la madurez de la identidad, como persona y como religioso, y el individuo se preparará para la siguiente fase de *intimidad* en oposición a aislamiento propia de la edad adulta temprana.

Sin embargo, puede ocurrir la *confusión de la identidad* o de rol. Por encontrarse en una situación de transición y de conquista de centralidad en el propio ser, experimenta dificultades a la hora de relacionarse consigo y con los demás. Esa confusión hoy reforzada por las condiciones sociológicas de la gente joven, se extiende a la estabilidad de la opción de estudios, profesional, vocacional, de papel sexual y de los valores. El autoconcepto, la autoestima, la autoconfianza y el autocontrol sufren variaciones importantes en su clarificación y concreción. Lo mismo puede pasar con relación a la fe y la vivencia vocacional.

La gran tarea de esta fase es la de superar tal situación por medio de la reflexión, el autoconocimiento y la ayuda que pueda recibir de personas cercanas y capacitadas. Es en estas personas en las que puede encontrar *modelos válidos de identificación* para su ser y hacer. Imaginemos lo que esto supone para nuestro seminarista mayor o para los que se encuentran en los primeros años de vida religiosa, con o sin votos solemnes y ordenación sacerdotal.

Los formadores, sin embargo, deben saber que por más que el seminario se pueda esforzar en la formación, solamente con la profesión solemne y ordenación y la

consecuente entrada en una nueva comunidad y en la misión es que la identidad puede probarse y afirmarse de forma sólida. En la práctica de cada día, con sus logros y conflictos, el joven profeso de votos solemnes y/o sacerdote, podrá continuar trabajando la necesaria interiorización del ideal vocacional. Por eso, los años del primer quinquenio o decenio después de la formación inicial, con sus realizaciones y decepciones, ofrecerán la gran oportunidad para una configuración más definitiva de su identidad como hombre y como religioso y/o presbítero. A veces, la distinción de lo que es propio de su ser persona consagrada y de su papel social o exigencias del ambiente se evidenciará a través de crisis personales. Excelentes oportunidades de confrontación que suelen presentarse con la disyuntiva de ser él mismo igual a los demás jóvenes y, al mismo tiempo, religioso y sacerdote asumido. La identificación plenamente adulta del joven con su ser vocacional exige el trabajarse y el profundizar en la relación con Dios que le llama y envía a una misión.

El fenómeno complejo de los abandonos en los primeros años después de los votos solemnes y ordenación sacerdotal, seguramente se puede visualizar desde dos perspectivas diferentes aunque complementares. Por un lado, el impacto del ambiente social de posmodernidad y el impacto de la nueva vida de comunidad y del ejercicio del ministerio sacerdotal, con sus provocaciones, cuestionamientos y desilusiones. Por otro lado, la consistencia personal alcanzada en el tiempo de formación inicial que facilite el crecer coherentemente en la propia identidad y responder a las necesidades de la vida comunitaria y de la misión. Eso no se podrá alcanzar si el religioso se sumerge de cuerpo y alma en la actividad, en la persecución de metas pastorales o laborales, *olvidándose de tomar conciencia de sus necesidades y de cuidar de sí.*

Después de lograr el sentimiento de identidad, el joven adulto (25 -35 años), ha de continuar su progreso y alcanzar una verdadera *intimidad* con otra persona. Es el siguiente desafío del crecimiento humano y del que se deriva la realización de la capacidad para dar y recibir afecto. Tal capacidad no se limita a los contactos exteriores pues también se refiere a la dimensión personal a través del autoconocimiento y la autoaceptación. La reacción positiva en esta fase evolutiva corresponde a admitir el desafío de la intimidad consigo y con los demás. La reacción negativa sería encerrarse en sí mismo, bloquearse, aislarse y no establecer relaciones significativas y profundas con los otros. Es en esta fase cuando se tiende a sentir más intensamente el peso de la soledad que empobrece y limita o la riqueza de la correspondencia afectiva que estimula la creatividad y el desarrollo personal. Se suele presentar muy intensamente la cuestión del celibato ahora experimentado como una exigencia fuerte y concreta. Es de desear que, como fruto de una elaboración interna, surja la confirmación de la decisión celibataria.

Más tarde, el interés en producir, guiar y establecer los fundamentos de la nueva generación es causa de que la *capacidad generativa* sea la tarea crítica en la fase siguiente (35,40-60 años). La evolución negativa correspondiente se revela en el estancamiento, la esterilidad. Quien desarrolló su identidad y fue capaz de dar y recibir afecto en la convivencia con los demás, difícilmente dejará de ser generativo, de *engendrar en el sentido amplio*. Es necesario salir al encuentro de lo que mucha gente afirma sobre la persona al final de esta fase en el sentido de que debe pensar en su retiro. Sin embargo, el tal religioso o/y sacerdote tiene mucho para dar y durante mucho tiempo todavía. Posiblemente, no más a través de una actividad continua e impensada, como podía ser en sus primeros años de sacerdocio. Ahora es capaz de engendrar y cuidar de lo engendrado a partir de la experiencia, de la sabiduría adquirida en sus años

de vida, de servicio y de donación. Su aporte generoso es una riqueza para la comunidad y la misión.

La fase última para Erikson corresponde a la *integridad madura* mediante la aceptación del ciclo vital propio y único y de la responsabilidad por la forma como se ha desenvuelto, mientras el lado opuesto, la desesperación, implica el sentimiento de que se ha desperdiciado esta suerte única y de que el ciclo vital ha carecido de valor. Nada impide que la tercera edad sea repleta de realizaciones importantes. En muchos sitios esto se ve facilitado por la escasez de sacerdotes o el apremio de la misión. Pero, sobre todo, la experiencia y los años vividos otorgan al religioso en esta fase sabiduría. El cuerpo se deteriora, las fuerzas físicas disminuyen pero la capacidad para escuchar, comprender y orientar se fortalece. La historia personal, el cultivo y la madurez que consiguió alcanzar habrán de definir, en gran parte, la manera como el religioso mayor se sitúa en su ambiente y en ese estadio final de su vida.

Conclusión

Acompañando y orientando a religiosos y sacerdotes se percibe la importancia de ayudarlos a dirigir parte de su energía afectiva para *alcanzar metas con relación a sí mismos*. Tarea difícil pues no estamos convencidos de que sea importante o, incluso, lo consideramos irrelevante, superfluo o contrario a la vocación religiosa. Cuesta entender que no somos seres acabados en ningún aspecto de nuestro ser. Que hasta el final de la vida somos invitados a desarrollar al máximo nuestra capacidad biológica, psicológica y espiritual. No solamente a través de actividades orientadas hacia fuera, hacia el servicio y la misión, sino también por medio de tiempos y actividades en los que se cultive y trabaje el sí mismo, la propia realidad. Es de desear que, como fruto de una elaboración interna, surja la confirmación de la decisión celibataria. Es en la experiencia del cuidado de sí donde el religioso podrá sentir más intensamente la importancia de alcanzar la integración de esas capacidades y de todo lo que le constituye, para poder vivenciarse como un ser único. Es en ese ser que él es donde reside su ser religioso y su ser presbítero, como respuesta amorosa a la invitación de Dios para servir a los hombres. De ese ser él es el único responsable.

CUESTIONARIO

1. ¿Qué es importante que el formador conozca para poder entender el desarrollo afectivo de sus formandos?
2. ¿Qué hacer concretamente para cultivar el “yo ideal” religioso y sacerdotal de los formandos?
3. ¿Qué aspectos de la cultura actual más confrontan la afectividad de nuestros formandos?
4. ¿Qué favorece y qué estorba en la adquisición de la identidad religiosa y sacerdotal?
5. ¿En la fase de la intimidad cuáles son las reacciones más frecuentes en los religiosos que conoces y en ti mismo?

III. LA INTEGRACIÓN DE LA SEXUALIDAD

En el itinerario de nuestra reflexión hemos podido descubrir que desde que somos engendrados, nuestra realidad personal se va formando a partir de una continua sucesión de estímulos, interacciones y experiencias de todo tipo en contacto con las cosas, con los otros y consigo. Estímulos que provienen del interior y del exterior de nosotros mismos.

En el desarrollo de la persona procesos cognitivos, sociales, sexuales, afectivos, se implican y condicionan mutuamente, pueden progresar con ritmos diferentes y ofrecer un resultado madurativo muy particular. También hay que contar con posibles fijaciones, regresiones y conflictos que interferirán en la evolución normal del individuo obligando a iluminar y elaborar experiencias pasadas.

La sexualidad adulta, para Freud, sería el logro de una síntesis última, en la que quedaría unificado todo el conjunto de pulsiones sexuales infantiles; pulsiones que anteriormente fueron independientes, autónomas en su búsqueda de satisfacción (pulsiones orales, anales, fállicas, exhibicionistas, voyeristas, sádicas, masoquistas, etc.). Es evidente, sin embargo, que este planteamiento implica algo más que una mera capacidad de relación sexual, presidida por la genitalidad. No se puede olvidar el componente afectivo, lo que Freud denomina “psicosexualidad”. En virtud de ello, la *maduración del deseo* exigiría tener en cuenta otros aspectos diferentes de los de la sexualidad en su sentido más estricto. Por eso, el estado saludable y maduración del individuo se reflejaría en su capacidad de gozar y de trabajar¹¹. Ahora bien, desde una perspectiva más completa del fenómeno humano, tendríamos que hacer una corrección a ese postulado freudiano de maduración. Siguiendo a V. Frankl no sería solamente la capacidad de gozar sino de amar, y no se reduciría a la capacidad de amar y trabajar, sino de *amar, trabajar y sufrir*.

Pero centrémonos en la sexualidad y constatemos que la sexualidad como impulso es esencialmente biológica, busca un objeto que le brinde satisfacción. Crea la necesidad acuciada por el constante estímulo que se encuentra en todas partes en nuestra sociedad occidental. El deseo es psicológico, cuenta con la experiencia, busca un objeto específico, o mejor, un sujeto en el que depositarse, de una manera y en un tiempo escogido. El deseo gana en humanidad pues, en su expresión, entran elementos de la voluntad y de la libertad humana. El sentido es la tercera dimensión de una comprensión y un funcionamiento sexual en el que se pretende alcanzar unos valores humanos y espirituales. Sobre esta perspectiva tridimensional de la sexualidad volveremos más adelante.

El funcionamiento sexual

La intensa estimulación reinante a la que estamos expuestos, ha contribuido para que muchos religiosos/as, por no decir todos, se replanteen sus creencias y vivencias sexuales. En no pocos, ha ocurrido el descubrimiento de su sexualidad, enterrada o escondida, desde los tiempos de la infancia, propia de una formación en esquemas represivos. Han comenzado a sentir con más libertad el cuerpo y a dejar aparecer en el

¹¹ S. Freud, *Psicoanálisis y teoría de la libido*, 1923, O.C., III, 2672.

campo de la conciencia el deseo y los sentimientos. Pero esta experiencia, además de la alegría propia del develamiento, ha supuesto vivencias desestabilizadoras anegadas de angustia, culpa y sufrimiento. Continuando pacientemente en el camino del trabajo personal, sólo más tarde vislumbran la integración a la que aspiran. En otros religiosos/as, ha venido a reforzar sus intensas defensas, altas murallas de separación y control, ahondando el escondite de los fantasmas temidos, es decir, de una parte significativa de sí mismo. Esfuerzo vano, pues, esta postura además de impedir la maduración afectiva, propicia que la libido se haga camino por otras vías insospechadas que pueden terminar ocasionando trastornos emocionales y comportamientos indeseables. Y es que la dinámica afectivo-sexual además de ser enormemente amplia, extendiendo sus tentáculos en todas las facetas de la vida personal y social, es exuberante y sutil. Nada fácil de comprender, ordenar e integrar. Sin duda, de ello todos nosotros podemos dar testimonio.

Pero ¿y el uso del mecanismo de la sublimación tan citado en manuales de ascética y libros de espiritualidad y repetido constantemente como un santo remedio para lidiar y librarse del impulso y del deseo sexual? La sublimación es un proceso postulado por Freud para explicar ciertas actividades humanas que aparentemente no guardan relación con la sexualidad, pero que hallarían su energía en la fuerza de la pulsión sexual. Freud describió como actividades de resorte principalmente la actividad artística y la investigación intelectual y, en general, actividades a las cuales una determinada sociedad o institución concede gran valor. Sabemos, sin embargo, que las formulaciones freudianas sobre la sublimación jamás fueron llevadas muy lejos, entre otras cosas, porque fueron poco elaboradas. Aunque la literatura psicoanalítica recurre con frecuencia al concepto de la sublimación, la ausencia de una teoría coherente sobre ella sigue siendo una de las lagunas del pensamiento psicoanalítico¹².

En la formación para la vida consagrada, en la orientación espiritual y en la vivencia concreta de nuestra sexualidad, no es infrecuente desvalorar – directa o indirectamente – todo lo relacionado con el sexo y utilizar el término sublimación como una prueba de lo bien que se puede tratar ese tema y manejar la pulsión genital. Sin embargo, en esa situación y en muchas otras ocasiones, ese término es usado con un significado que en realidad no tiene. Freud intentaba, al utilizarlo, explicar las actividades artísticas y sociales como algunas maneras de expresión de la libido. No quiso decir que la persona en cuestión puede librarse de sus impulsos sexuales, dedicándose al arte o a actividades de asistencia social o a objetivos religiosos. Naturalmente, es posible reducir la tensión y la necesidad sexual a través de todas esas actividades y, en ese sentido, el significado más extendido del término sublimación es correcto. Sin embargo, el impulso sexual permanecerá en cuanto tal y continuará solicitando su satisfacción cuando la privación sexual esté presente¹³.

Carlos Domínguez Morano, dentro de un abordaje psicoanalítico, en un trabajo sobre el celibato apunta que la sublimación no puede nunca llegar a ser completa, a canalizar el cien por cien de lo que es nuestro deseo pulsional. Siempre permanecerá un resto de nuestra sexualidad, particularmente en sus dimensiones más genitales, que mantendrá vivas sus aspiraciones más originales, sin que la sublimación pueda hacer nada por

¹² Laplace, J., Pontalis, J.B., *Diccionario de Psicoanálisis*, Paidós, Barcelona, 1996.

¹³ May R., *A Arte do Aconselhamento Psicológico*, Ed. Vozes, Petrópolis, 1977, p. 148.

transformarlo y derivarlo hacia otro tipo de actividad. Permanece, pues, en su aspiración primera de obtener un placer sexual directo y en su registro más primitivo y natural¹⁴.

Si la represión vemos que no es un mecanismo saludable, si encontramos que la sublimación no consigue dar una respuesta satisfactoria y global al deseo sexual, ¿qué nos queda? ¿Cómo podemos afrontar esa necesidad en nuestra vida de consagrados? ¿Hemos de considerarnos personas mutiladas en la expresión de la sexualidad? ¿O quizá hemos de ir avanzando en la expresión de la sexualidad conducidos por los nuevos tiempos, por la moda del momento? Cabe también, tener una actitud hipócrita, es decir, profesar una cosa y vivir otra muy diferente¹⁵. Creo que estas y otras preguntas preocupan a los religiosos/as jóvenes y mayores, señalan posturas, vivencias, situaciones personales y apuntan a la necesidad de asentar mejor el estado célibe desde su impronta humana que es donde fundamentalmente ocurre y a lo que esencialmente se refiere. Cada vez menos caben angelismos, en los que el ser humano es despojado de su cuerpo, propios de explicaciones espiritualistas de antaño, pero no raros en alguna corriente de espiritualidad actual, ni legalismos moralizantes propios de una ética que se olvida del sujeto humano concreto.

Hace unos años inicié la tarea de lanzar luz sobre este gran “enigma” de la vida sexual en la vida religiosa y sacerdotal, emprendiendo una investigación¹⁶ con un numeroso grupo de consagrados/as y de sacerdotes en Brasil donde he vivido una buena parte de mi vida. Me guiaba el interés de verificar una hipótesis ampliamente insinuada en el trabajo psicoterapéutico y de orientación de grupos, según la cual existen maneras diferentes a la hora de lidiar con la sexualidad, tantas maneras como personas, maneras que se refieren a particulares formas de entender el celibato. Una de las conclusiones derivadas de esa investigación es que algunos conceptos básicos como “mantenerse casto” y “ser psicosexualmente equilibrado” no se presentan claros y homogéneos en el conjunto de las personas consagradas. Indudablemente somos partícipes de la confusión reinante con relación a este asunto en la mayor parte de nuestros ambientes, inclusive, religiosos. Además, sobre el tema afectivo-sexual se continúa hablando muy poco durante la formación inicial y casi nada en las etapas posteriores de la vida de forma que, los psicoterapeutas, podíamos ser capaces de intuir algunos de los resultados que nos brindó el estudio. Desde esos resultados se percibe cómo es importante para la salud y equilibrio personal, *valorar positivamente la sexualidad*, en la que la persona se sienta sujeto activo, es decir, capaz de descubrir y orientar sus sensaciones y sus sentimientos y darles sentido. No con miedo o con culpa sino con alegría y acción de gracias por ver en su cuerpo y en el de los otros un don de Dios digno de ser respetado y amado.

La sexualidad, en definitiva, es un rico patrimonio de nuestro ser persona. No solamente no es algo malo que no merece ser escondido o inutilizado, o negado, o reprimido o sublimado. La sexualidad es buena en su integridad y además nos ofrece un caudal

¹⁴ Domínguez Morano, C., *La Aventura del Celibato Evangélico*, Ed. Frontera, Vitoria-Gasteiz, 2000, p. 39.

¹⁵ Aquí entra la llamada “tercera vía” que pretende conciliar la existencia de relaciones sexuales con el compromiso de la vida consagrada.

¹⁶ La investigación se realizó en 1994/95 con una muestra de 413 personas -253 religiosas, 1 religioso no sacerdote, 54 religiosos sacerdotes y 105 sacerdotes seculares- que trabajaban en diferentes regiones del Brasil. Se apuran datos concretos sobre el comportamiento sexual y sobre el sentido que le atribuyen revelando elementos fidedignos bastante significativos. A los datos cuantitativos ordenados en tablas, se le añade el análisis cualitativo de los resultados. (Martínez Martínez, J.L., *Construir la Vida. Sexualidad y Crecimiento en la Vida Sacerdotal y Religiosa*, Publicaciones Claretianas, Madrid, 2003).

inmenso de posibilidades de realización en todas las dimensiones de nuestro ser. El instinto, pertenece al orden biológico, muchas veces despreciado como bajo, impertinente y obsceno, sin embargo da vida y chispa a las relaciones. Los sentimientos, en la dimensión afectiva o emocional, son preteridos en una vida guiada por la razón, el intelectualismo y el llamado “buen entender” de las cosas, sin embargo guían y dan calor a la comunicación y las interacciones. Y los valores, en el plano espiritual, usualmente poco cultivados cuando regulan o recortan, ofrecen el sentido, orientan el deseo y encauzan el comportamiento. Es, por lo tanto, desde una visión antropológica integral que sitúo la sexualidad en su triple dimensión orgánica, psicológica y espiritual. No es la visión más frecuente en nuestras esferas de vida religiosa, más bien lo común es apreciar la sexualidad dividida en partes buenas y malas, con énfasis en el lado espiritual –implícita o explícitamente- como si en él se encontrasen listas las respuestas capaces de solucionar satisfactoriamente todos los interrogantes sobre la sexualidad y ofrecer las fórmulas mágicas de los remedios para los males del corazón. Pero es necesario decir, por activa y por pasiva, no hay “solución” posible –ajuste afectivo-sexual - a los reclamos del impulso ni a la necesidad de intercambio afectivo, simplemente en el cultivo de una espiritualidad. Quien continúe pensando así se auto engaña y, lo que es peor, engaña gravemente a todos los que por su intermedio se someten a esa creencia. Entre los religiosos/as, el lado humano ha sido una realidad sistemáticamente no conocida o irresponsablemente olvidada. Sus consideraciones y su cultivo son necesarias para una sana vivencia de la sexualidad y para alcanzar la madurez como persona.

En el funcionamiento interno individual, el Yo percibe la fuerza del impulso y siente el deseo a no ser que se encuentre inhibido – merced a mecanismos inconscientes de desconexión del deseo – o reprimido, y ha de convivir con ellos en una estrecha relación, necesariamente más intensa que las relaciones de buena vecindad. El no tener una vida sexual activa y el no desear tenerla, a nivel consciente, puede implicar una prolongada calma en materia sexual por causa de mecanismos inhibidores internos. Esta calma no suele ocurrir aisladamente sino en consonancia con las demás dimensiones de la personalidad. Hemos de contar con que a lo largo del proceso evolutivo hemos de ir orientando el deseo conscientemente de forma que se afiance la tendencia sexual, un paso importante en la construcción de la propia identidad, y pacientemente aprendamos a canalizar su inmenso potencial energético como mejor convenga.

Las tres dimensiones de la sexualidad-afectividad

Os propongo ahora, de forma resumida y esquemática, lo que me parece ser un referente válido para una más completa comprensión de la sexualidad.

1. Nivel de la pulsión (genital-biológico)

Búsqueda del placer derivado de las zonas erógenas. Impulso por el otro. Sexualidad actual en este nivel: Búsqueda del sexo impersonal o impulsivo o narcisista. El individuo que intenta eliminar sus impulsos intenta matar la gracia, el sabor, la luz de la vida.

Madurez en este nivel: Sentir-aceptar-canalizar estos fenómenos que ocurren en mí, sin sentimientos de culpa y sin auto o heteroagresividad. Ser honesto con ellos. (Imaginario alimentado por la TV, etc. – erección, sueños, eyaculación).

2. Nivel de los afectos (sentimientos, psicológico).

Posibilita experimentar los sentimientos, en ocasiones, contradictorios. Los sentimientos tienen permiso para aparecer en la conciencia (amor, ira, alegría, frustración, odio...), sin que destruyan el equilibrio afectivo. Para eso es necesario tener coraje. Este nivel es relacional.

Madurez: Tomar conciencia-aceptar-lidiar con esos sentimientos ambivalentes (positivos y negativos). Superando la tendencia para esconder y negar los sentimientos que hieren. Integrar (acoger, masticar, ingerir, asimilar) todos. (Pasión, enamoramiento – Idealización. Amor verdadero a los 40 años).

3. Nivel de las opciones de valores (espiritual).

Este nivel son los márgenes que conducen el río (el sentido del impulso y del afecto). Se trata de hacer opciones concretas que ayudarán a canalizar y ordenar la afectividad-sexualidad. Este nivel es fundamental para que el ser humano pueda ordenar su afectividad y el resto de su personalidad y comportamiento.

Madurez: Este nivel soporta contradicciones e incoherencias del segundo nivel pero se resiente con grave prejuicio si no integró adecuadamente el primer nivel (conciliación con las fuerzas instintivas). La relación sexual ocurre como manifestación y exigencia del amor. La madurez en el estado matrimonial o de vida religiosa, implica la actualización del potencial afectivo y sexual en beneficio del otro o de los otros con quien se comprometió la propia vida. (Convencimiento vivencial. Natural no represivo) Decisiones apoyadas por las fuerzas de las profundidades del inconsciente, tendrán la fuerza de toda la persona unida para alcanzar el objetivo (sentido).

Una sana profilaxis sexual debe ayudar para que se supere el estadio de puro interés genital y de la pura pasión o enamoramiento, posibilitando que las personas crezcan hasta el estadio del amor verdaderamente humano (tridimensional). Cuando eso ocurre, el individuo también se encuentra capacitado para la fidelidad y la estabilidad en su relación.

Conclusión

Si la persona consagrada cree que acercarse al ideal religioso o vocacional procurado implica zanjarse cualquier expresión del deseo, forzosamente reprimirá todos los impulsos y sentimientos que no encajen con ese esquema. Si, por el contrario, cree que es conciliable la expresión del deseo con la actualización del ideal vocacional, permitirá comportamientos en los que se revelará la fuerza de los impulsos eróticos. En el primer supuesto, probablemente síntomas corporales y psicológicos equilibrarán la postura represiva. En la segunda hipótesis, la incoherencia inclusive a nivel inconsciente, podrá hacerse presente, interfiriendo en el funcionamiento natural del organismo como un todo, reclamando un ajuste más acorde con los compromisos asumidos y con la realidad del sujeto.

Se hace necesario, desde la etapa o momento de individuación en el que nos encontremos, afrontar nuestro ser en la verdad. Eso significa sentir y acoger el impulso genital con sus características físicas y afectivas concretas. Significa percibir y acoger el deseo con relación a una determinada persona. Ser consciente de su existencia y de la renuncia necesaria para atender a otra necesidad: la realización del Reino de Dios. Creo que es en esos parámetros en los que se sitúa el ajuste personal y psicológicamente saludable de un compromiso religioso que se prolonga en el tiempo e implica a toda la persona.

Creo que el celibato solamente tiene sentido cuando es asumido conscientemente como un valor necesario, en la realización de la vocación a la que los consagrados en la vida religiosa son llamados por causa del Reino. La llamada a ese particular estado de vida exige, en su concreción, la dedicación total a los asuntos del Reino de Dios. Todas las fuerzas, las energías, se orientan en pro de ese objetivo en el que se cree y para el que se desea contribuir decisivamente mediante la entrega de la propia vida. En términos personales es Dios quien llama y es a Él a quien se da el sí porque solamente en Él se puede sustentar una entrega total como la que supone la consagración religiosa.

CUESTIONARIO

1. Si conoces algún estudio o datos interesantes para el grupo sobre sexualidad coméntalo.
2. ¿Cómo te parece saludable lidiar con el impulso y el deseo a nivel individual?
3. ¿Qué perspectiva para enfocar la sexualidad crees es la más común entre los religiosos/as y sacerdotes hoy? Confirma tu opinión con algún caso que conozcas.
4. ¿De qué forma el proyecto y la realización vocacional ha de contar con la dimensión afectiva-sexual?

IV. IDENTIDAD Y ORIENTACIÓN SEXUAL

En el mes de marzo pasado un periodista del periódico español El País entró en contacto con nuestro centro clínico de CONFER con el intuito de hacer una entrevista a los profesionales que allí trabajamos. Encargado por su periódico de escribir un artículo para el suplemento del domingo sobre pedofilia en el clero de la Iglesia española, exteriorizaba su extrañeza al confrontarse con la información de que en nuestro centro apenas algunos pocos casos habían sido atendidos. Ese interés inicial por la pedofilia se convirtió en un dilatado querer saber sobre la vida sexual en el clero y en la vida religiosa. Entre sus preguntas cabe destacar: ¿Qué opináis de esas encuestas que dicen que el 60% de los sacerdotes tienen relaciones sexuales? ¿Es verdad que en los ámbitos que permanecen cerrados hay un incremento muy notable del número de homosexuales y sus prácticas? ¿Porqué los homosexuales se sienten más atraídos por la Iglesia?

La tendencia sexual

¿Qué elementos influyen para determinar la tendencia sexual de una persona? ¿La homo y la heterosexualidad son heredadas, adquiridas, es el ambiente o la práctica quien las determina? ¿Existen influencias glandulares?

Como vimos la identidad de género usualmente ya se encuentra establecida cuando el niño/a se enfrenta con el conflicto edipiano, es decir, la masculinidad o la feminidad del niño/a ya han sido adquiridos en la edad más temprana. Durante el conflicto edipiano, el niño pasa a vivenciar ansiedad por expectativa de castración. Entiende que si persiste en desear a su madre, corre el peligro de perder sus atributos masculinos y, en consecuencia, transformarse en mujer. Por medio de esa ansiedad, el niño aprende a transferir su deseo sobre otros objetos y pasa a fortalecer su identificación con la figura paterna.

La opción por un objeto sexual de diferente sexo va a definir el tipo de orientación heterosexual mientras que la adherencia a la madre, hasta la identificación con ella, conduce a una elección narcisista de objeto por la que el sujeto busca en el otro su propia imagen, al mismo tiempo que elude la angustia de castración¹⁷. En este caso tenemos la definición de la orientación homosexual.

Durante el período de latencia y en la adolescencia, el niño ha de madurar en la elección de objeto hasta el punto de definirse claramente en su tendencia sexual hacia el fin de la adolescencia. Sabemos, sin embargo, que este proceso de desarrollo no ocurre linealmente y por igual para todos. Cada persona ha de hacer su propio camino de acuerdo con su base hereditaria, sus condiciones evolutivas, familiares y ambientales. Las fijaciones y regresiones, no raramente, pueden hacer de las suyas e, incluso, impedir el paso para nuevas etapas sexuales y afectivas.

La homosexualidad interesó a Freud hasta el punto de llevarlo a abogar una extrema tolerancia para con este fenómeno en diversas ocasiones durante su vida. De ello es un ejemplo la consoladora carta que escribió a una madre americana que le había pedido consejos sobre su hijo: "...la homosexualidad no es un vicio, ni una enajenación y no podría calificarla como una enfermedad; nosotros la consideramos como una variante de la función sexual ocasionada por cierta interrupción del desarrollo sexual" (*Carta de Freud a la Sra N.N., 9 de abril de 1935*)¹⁸.

El informe Kinsey (1948)¹⁹ acaba por apoyar la tesis freudiana de la bisexualidad humana²⁰. Afirma que las tendencias homo y heterosexuales existen en la mayoría de

¹⁷ Freud, S., *Tres ensayos para una teoría sexual*, 1905, O.C., II, 1178. Con relación a las causa de la homosexualidad, Freud siempre se mantuvo muy prudente reconociendo que no conseguía encontrar explicación para la inversión. En "Tres Ensayos", evoca la predominancia de elementos arcaicos y mecanismos psíquicos primitivos, la inclinación por un objeto narcisista y la importancia erótica reservada a la zona anal, así como una muy fuerte fijación erótica en la madre. Sin embargo, todos esos factores no bastan para distinguir claramente el homo del heterosexual.

¹⁸ S. Freud, Carta a una madre americana, Vida y obra de Sigmund Freud, Paidós, Buenos Aires, 1960, III, 214-215.

¹⁹ Realizada con 16 mil americanos blancos, indicó que, aunque apenas 4% de lapoblación masculina fuese exclusivamente homosexual desde la pubertad, 37% de los varones y 19% de las mujeres reconocían haber tenido por lo menos una experiencia homosexual, culminando en orgasmo, entre la pubertad y la edad adulta. Además, 30% habían tenido por lo menos una experiencia homosexual accidental entre los 16 y los 55 años.

los seres humanos y que la proporción oscila entre la inclinación heterosexual exclusiva hasta la inclinación homosexual exclusiva. El nuevo informe Kinsey, a partir de las investigaciones realizadas en los años 1969-1970 con homosexuales de la región de San Francisco (EUA), reforzó los resultados del informe de 1948, insistiendo especialmente en la diversidad de las homosexualidades.

Se han levantado diversas hipótesis sobre el origen de la homosexualidad sin que ninguna de ellas haya conseguido probar su tesis. Ni una posible anomalía endocrina (cantidad de testosterona), ni una probable anomalía genética (salvo en algunos casos bien específicos), consiguieron demostrar ser la causa o el origen de la tendencia homosexual.

Mientras, la postura de los psicólogos en este tema es muy variable de acuerdo con su formación, experiencia clínica y profundización particular en ese asunto. Existen criterios básicos compartidos pero no existe todavía una comprensión profunda del fenómeno homosexual. Sabemos que la pulsión sexual es universal y que la preferencia o tendencia sexual es plural. Con este horizonte de pluralidad hemos de intentar comprender la complejidad de la sexualidad humana sin caer en distinciones superficiales o juicios carentes de soporte científico. Nos encontramos en una etapa de provisionalidad a la que corresponde una actitud de búsqueda y un talante de apertura a lo que podamos ir descubriendo.

De acuerdo con la SAP (Sociedad Americana de Psiquiatría), la homosexualidad es únicamente una “*perturbación de la orientación sexual*”, no un trastorno o enfermedad mental; esto último dice relación únicamente al homosexual que no acepte su condición (1974). A los otros homosexuales se les debe considerar como se considera al heterosexual siendo que, en ningún caso, un ser enfermo. También la O.M.S. retiró la homosexualidad de la lista de enfermedades. A los ojos de los “psis”, próximos de las posiciones freudianas, si la homosexualidad no es una enfermedad, se constituye en un “desvío” o en una “disfunción”. El nudo de la cuestión, sin embargo, es que no se sabe dónde termina el “desvío” y dónde comienza la “enfermedad”. Una vez más nos confrontamos con un problema de comprensión básica sobre la sexualidad humana en el que las contradicciones aparecen con facilidad.

En los últimos años, dentro del homosexualismo, se ha desvinculado el *transexualismo*. El transexual²¹ se diferencia del homosexual pues, al contrario de este, afirma ser del sexo opuesto. Así, hace todo lo que está a su alcance para cambiar su cuerpo, inclusive los genitales, a fin de poder sentirse corporalmente del otro sexo, el sexo que cree es el suyo (problema de identidad de género).

²⁰ Freud estaba firmemente convencido de que en todo homosexual se puede encontrar un resto de orientación heterosexual, como en todo heterosexual existe siempre la posibilidad de una elección homosexual de objeto. En la vida de todo individuo –hombre o mujer- se da una oscilación de la libido entre el objeto masculino y el femenino. “En general – afirma Freud – el hombre oscila durante toda su vida entre sentimientos homosexuales y heterosexuales, y la privación y desencanto en uno de tales sectores le impulsa hacia el otro (Freud, S., *Observaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia autobiográficamente descrita*, 1911, O.C., II, 1509.

²¹ Muchos transexuales no son homosexuales. El tratamiento con hormonas y la asistencia psicológica generalmente obtienen suceso en el deseo de adecuar la persona al otro sexo. En casos particulares una cirugía plástica genital consigue buenos resultados. Algunos países aceptan el cambio oficial del nombre después del cambio de sexo.

El homosexual, en general, se siente un hombre (o mujer, en el caso femenino), aunque inconscientemente posea su identidad de género amenazada. Sus impulsos eróticos para con las personas del mismo sexo objetivan un fortalecimiento de esta identidad, amenazada por fantasías paranoides inconscientes. No desean tener apariencia de mujer, no se visten como tales ni adoptan comportamientos femeninos; algunos lo hacen en ocasiones como forma de atraer a los hombres.

El transexualismo y el homosexualismo parecen ser polos opuestos dentro de una inmensa gama de casos intermedios, con propensión para uno u otro lado. Por eso, en casos en los que una modificación corpórea quirúrgica es procurada, la persona necesita ser rigurosamente estudiada, por medio de entrevistas y testes psicológicos, a fin de verificarse la preponderancia real y permanente del transexualismo. Caso contrario, y no es raro, después de la operación se hacen conscientes ansiedades persecutorias, pudiendo conducir a un trastorno psicótico.

Stoller y colaboradores (Gender Identity Reseach Clinic – Los Angeles) concluyeron que el transexualismo se origina en la más tierna infancia por influencia de una madre absorbente y destructora de la masculinidad del hijo. El padre suele estar ausente o distante, no siendo un modelo de identificación de género, indispensable para el niño. Existe la opinión de que si hasta los cinco años ese niño no es “salvado” por una figura masculina con quien pueda identificarse, su transexualismo se tornará irreversible. Cuando se da un contacto masculino, el niño puede superar la feminidad exagerada y hacerse un homosexual, erotizando su ansia por objetos masculinos a fin de erotizar su identidad de género.

El *travesti*²² por definición es la persona que siente atracción para vestirse con ropas típicas del sexo opuesto, por varias razones. Así pues, el verdadero travestí es, generalmente, un heterosexual que necesita vestirse y maquillarse como una mujer a fin de excitarse sexualmente.

Verificamos, sin duda, que la homosexualidad es un concepto mucho más amplio que el de identidad de género y que la homosexualidad no determina el género. La homosexualidad sí implica la recusa del papel sexual tradicional. Es una manera específica de vivir la sexualidad que se expresa en todas las culturas y sociedades. Por eso en muchas de ellas asistimos a la organización y presión de los homosexuales por hacer valer y ver reconocidas sus reivindicaciones, generalmente no por una más libre expresión de su tendencia sexual, sino por el usufructo de derechos semejantes a las uniones heterosexuales. Esto lo vamos a seguir contemplando cada vez con más intensidad en nuestras sociedades occidentales. A pesar de que esas presiones suelen chocar frontalmente con la presión heterosexual que no suele aceptar fácilmente la expresión de esa minoría y tiende a mantener para con ella una postura de marginación y exclusión lo que refuerza la agrupación homosexual y la intensidad de sus manifestaciones y extensión de las reivindicaciones.

La homosexualidad y la Vida Religiosa

En cierta ocasión yendo de camino para trabajar el tema de la sexualidad y afectividad entre los sacerdotes de una diócesis, el sacerdote que me llevaba en su coche, manifestó

²² Hay travestís heterosexuales y homosexuales. El travestismo no puede ser confundido con el fetichismo.

su tendencia homosexual asumida y, después de algunos comentarios sobre su historia personal, pasó a relatarme con gran agudeza algunos elementos de la homosexualidad en el clero. Los inserto aquí porque nos ofrecen datos desde una perspectiva vivencial referente, sobre todo, a su diócesis. Considero importante señalar que ese sacerdote afirmaba estar siendo fiel al celibato.

Decía:

“En los seminarios se encuentra una población homosexual ‘in crescendo’, en ocasiones con el aval y la solidaridad del formador. Esa población tiende a ser muy unida, porque desconfía de posibles represiones o discriminaciones, y ejerce presión en los órganos de poder y de admisión a las órdenes sagradas. También sobre los heterosexuales que se encuentren en ese medio formativo para que admitan el fenómeno homosexual, en el seminario, como normal.

La Iglesia tiene muchas características femeninas, quizás más que masculinas, en su expresión litúrgica, en la vivencia y la administración de los sacramentos, en el cuidado del pueblo... Eso atrae el homosexual. Sin embargo, no se puede decir que la vida religiosa, en vez del sacerdocio secular, sea un terreno más pretendido por el homosexual y que le resulte más difícil y peligroso mantenerse casto en ese medio. En realidad, la vida del sacerdote secular propicia más fácilmente la búsqueda de compensaciones afectivas y sexuales para su soledad y hace de esa posible actividad algo más oculto. El homosexual no va a sentirse atraído por compañeros del convento y sí por jóvenes de fuera.

Hay que distinguir el homo celibatario, el no celibatario y el sinvergüenza. El homo sinvergüenza realiza acciones que desde el punto de vista humano son censurables. Al homo, para aceptarlo al presbiterado, se le debe exigir lo mismo que al heterosexual, es decir, la renuncia a la actualización de las pulsiones eróticas. Eso supone una integración personal que, si en el heterosexual es difícil, lo es más todavía para el homo. El homo suele ser inestable en su estado de ánimo, de extremos en sus reacciones y actitudes. Fácilmente manifiesta prepotencia y autoritarismo implícito porque necesita sentirse llevando las riendas de la relación y no ser dominado por el hetero. Los celos y manipulaciones pueden aparecer insistentemente en las relaciones además de una persistencia tenaz para alcanzar sus objetivos.

El homo que fue iniciado en su homosexualidad con una cierta manipulación o con abusos, frecuentemente inicia a otros con una mezcla de satisfacción-vengeanza en el hecho y como una manifestación de poder.

Existe más homo de lo que aparece a primera vista. El homo asumido no desea propaganda, procura no mostrarse con gestos u objetos muy femeninos pero conoce quién es de su tendencia sexual. Entre los hombres homo ya se sabe que mirar a los órganos sexuales, llevar anillos y pulseras llamativas, usar cremas...

Es necesario alertar a la Iglesia sobre la situación actual del homosexualismo en sus cuadros y seminarios. Posiblemente entre 25 y 30% de su personal (sacerdotes), sea homosexual. Ahí los psicólogos que trabajan con la vida

religiosa y el clero tienen un gran papel a desempeñar. Si un sacerdote habla sólo no le van a creer...” (*Resumen de la conversación mantenida el 12.03.94*).

Este testimonio nos ofrece un material de reflexión interesante y algunos datos que son importantes y deben ser contrastados. En la investigación sobre comportamiento sexual a la que he hecho mención en otro momento de este estudio, me encontré con las siguientes informaciones: El 78,93% de la muestra afirma ser heterosexual. Un porcentaje que se distribuye de manera desigual entre los tres grupos investigados de religiosos-sacerdotes (90,74%), de sacerdotes (80%) y de religiosas (75,98%). Considerando que el número de votos en blanco en esta cuestión es muy elevado (11,14%). La inclinación homosexual se atribuye el 3,15% de la muestra. Los sacerdotes con un 5,71% superan ampliamente a las religiosas (2,36%) y a los religiosos-sacerdotes (1,85%). La inclinación bisexual²³ corresponde a 6,78% del total, más del doble de la población con tenencia homosexual. También en este grupo los sacerdotes alcanzan un nivel más elevado (8,57%), seguidos de las religiosas (6,30%) y de los religiosos-sacerdotes (5,56%). Es en esta tendencia en la que el resultado se aproxima más entre los tres grupos.

Si con la finalidad de una mejor comprensión, unimos los grupos numéricamente minoritarios de inclinación homosexual y bisexual²⁴, hallamos un resultado total de 9,93%, que corresponde a 41 personas de un total de 413 de la población de la muestra. El grupo de sacerdotes obtiene un índice del 14,28%, el grupo de religiosas un 8,66%²⁵ y el grupo de religiosos-sacerdotes un 7,41%.

Con relación a la afirmación de que la población homosexual y bisexual se encuentra en aumento entre los clérigos y en la sociedad – independientemente de la cultura - como un todo, no tiene fundamento empírico. Sí se observa una expresión más libre de la tendencia homosexual, tanto en la sociedad como entre los clérigos – por lo menos en algunos ambientes – a pesar de los obstáculos existentes para que todo aquel candidato que no sea heterosexual pueda acceder a la vida religiosa y al ministerio sacerdotal. También es posible que en algunas congregaciones y diócesis específicas pueda existir un mayor número de homosexuales en función de una serie de variables particulares de esos ambientes, como era el caso de la diócesis a la que pertenecía el sacerdote cuyo testimonio recogimos arriba.

Si consideramos el número de Kinsey (4% de la población) como el más aproximado también para las demás sociedades, los números resultantes en nuestra investigación superan ese porcentaje solamente en el caso de los sacerdotes seculares. En el caso de la tendencia bisexual, más numerosa en nuestra pesquisa, también se asemeja a lo que se cree existe en la población en general.

²³ Las tendencias homo y heterosexuales varían desde la inclinación heterosexual exclusiva (que Kinsey denomina grado cero en su escala de graduación), hasta la inclinación homosexual exclusiva (grado seis en la escala). Cada grado intermedio corresponde a una proporción más o menos fuerte de inclinación homo o heterosexual. La clasificación de una persona dentro de esta escala indica el grado de respuesta sexual a miembros del mismo sexo y del sexo opuesto.

²⁴ Del material reunido por Kinsey y colaboradores, se puede concluir, al menos indirectamente, que las tendencias bisexuales son muy frecuentes.

²⁵ La homosexualidad es menos frecuente entre las mujeres que entre los hombres. Según algunos investigadores (Cory, 1961), la homosexualidad exclusiva o parcial entre las mujeres es de dos terceras partes con relación a los hombres. También se ha observado que la mayoría de las mujeres homosexuales son bisexuales.

Desde mi experiencia personal, puedo afirmar que conozco religiosos/as con tendencia homosexual cuya vida transcurre con normalidad pues alcanzaron una notoria integración psicosexual y comunitaria-pastoral. También se de otras personas que apenas consiguen mantener el equilibrio en la esfera afectivo-sexual o no lo consiguen mantener, con fuertes repercusiones en la vida comunitaria y en la misión. Se puede argüir con inequívoco fundamento que esto mismo ocurre con personas de tendencia heterosexual y que no es bueno detectar diferencias donde no las hay. Centrándonos, pues, en la homosexualidad hemos de afirmar que la aceptación de la propia orientación homosexual lleva consigo una importante disminución de la ansiedad inherente a esa fase madurativa y una mayor posibilidad de equilibrio afectivo. Sin embargo, sí es cierto que en las personas de inclinación homosexual se constata una mayor fragilidad emocional. Por eso hoy no se habla de tratamiento de la homosexualidad y sí de los problemas asociados con ella. Esos problemas reflejan una mayor conflictividad y nivel de neuroticismo²⁶ entre la población homosexual. Concretamente, se advierte trastornos de identidad con confusión afectiva, posturas narcisistas primarias, oscilaciones emocionales intensas que interfieren seriamente en las relaciones, tendencia a recluirse en un grupo de referencia cerrado que puede ser de carácter homosexual, fácil persecución de objetivos de poder e influencia. La existencia de estas problemáticas debe ser analizada con cuidado por si constituye un impedimento para asumir la vida religiosa o el ministerio sacerdotal.

Creo que la homosexualidad debe continuar siendo estudiada en profundidad, dentro del gran tema de la sexualidad humana, para que podamos encontrar respuestas a muchos interrogantes que todavía hoy levanta y, además, para facilitar el trato y la atención clínica del hombre y de la mujer en la condición homo. Mientras, los formadores han de procurar encontrar criterios de actuación que viabilicen el contacto, la convivencia y la formación de esas personas. Si la formación ha de perseguir, entre otras metas, la madurez psicosexual, la persona con tendencia homosexual seguramente va a necesitar un acompañamiento más personalizado y especializado. En ningún caso su sola tendencia homosexual puede ser entendida como un impedimento psicológico para responder maduramente a la llamada del Señor en la vocación religiosa. En una situación de normalidad de la misma forma que la congregación religiosa le recibe y acompaña psicoespitalmente, de manera más esmerada, el candidato de orientación homosexual se esfuerza en su progreso psicoespital, avanzando en su autoconocimiento y madurez afectiva y dando muestras de equilibrio en la vida comunitaria y en la acción pastoral.

Por lo demás, los formadores y el “proyecto de formación” han de proponer a todos, sin distinción de orientación sexual, las tareas y metas propias de cada etapa formativa partiendo de que los compromisos son los mismos y las riquezas y deberes de la vida religiosa afectan por igual a todos los que se han consagrado por causa del Reino.

Conclusión

A modo de corolario resalto que debemos estar atentos a los nuevos descubrimientos que sobre este particular se van realizando y que puedan alargar nuestros horizontes de

²⁶ En la conceptualización más extendida (Eysenck), se considera una tendencia global a presentar respuestas de ansiedad, a ser vegetativamente hiperreactivo, a mostrar una mayor fatigabilidad física y mental, a ser proclive a la frustración y resistente a cambiar hábitos desadaptativos.

comprensión y trato cada vez más humanizado. En una visión dinámica, el homosexual es un ser detenido en su desarrollo sexual, que por eso mismo parece tener problemas afectivos más acentuados que los heterosexuales, lo que no le impide aspirar y obtener un equilibrio en su vida sexual y afectiva. Realmente podrá alcanzar la madurez en su ser aunque sienta su condición de “diferente” y se guíe de acuerdo con esas diferencias. En una condición homosexual trabajada y, finalmente asumida, el equilibrio pasa por la aceptación e integración en su personalidad de la homosexualidad. Si eso no ocurre tendremos un ser dividido, una persona neurótica.

La persona de condición homosexual, candidata en la VR, ¿podrá asumir responsablemente el compromiso de la consagración? Creo que sí, con comprensión de los demás y esfuerzo de autoeducación de su parte, además de un decidido apoyo de orientación psicológica y espiritual. Sin embargo, podrá presentarse dificultades en el ambiente formativo, alentadas por los compañeros hetero que, influenciados por estereotipos e insuficiente elaboración de la propia sexualidad, a duras penas consiguen tener relaciones abiertas, naturales y espontáneas con la persona de tendencia homosexual. Si esto ocurre podemos deducir la existencia de importantes elementos psicosexuales a ser trabajados en el ambiente formativo.

Creo que la persona de condición homosexual hace parte de la Iglesia, es llamada a desempeñar un servicio en la comunidad, inclusive por medio de la VR y presbiteral y, finalmente, es llamada al reino de Dios de forma semejante que la persona heterosexual. ¿Qué se exige de ella? Lo mismo que del heterosexual. Asumir su condición con el máximo de amor y de humanización.

CUESTIONARIO

1. ¿Cómo hacer en la formación inicial para que nuestros formandos crezcan en todas las dimensiones de la persona y no se acentúe una o más en detrimento de las otras?
2. ¿Cómo hemos actuado en la formación cuando nos deparamos con un formando de orientación homosexual?
3. ¿Cómo creo que debo actuar para ayudar en la integración de la afectividad-sexualidad, en un grupo con formandos hetero y con formandos homo?
4. ¿Mi provincia está preparada para acoger miembros de conocida orientación homosexual?

V. LA FORMACIÓN, LA SEXUALIDAD Y LA MADURACIÓN DEL FORMANDO.

Hace unos años, en una investigación²⁷ a religiosos/as de mediana edad, se les preguntaba por su imagen corporal, resultando mayoritaria una autoimagen positiva, especialmente entre la población femenina atenta a la apariencia y gracia del cuerpo. Considero este resultado particularmente importante tratándose de personas que tuvieron su proceso formativo en un contexto bien diferente del actual en todos los

²⁷ GRP (Grupo de Reflexión Psicológica), Conferencia de Religiosos del Brasil, *A segunda idade da vida religiosa*, Loyola, São Paulo, 1995, 117-180.

órdenes. Seguramente, la influencia socio-cultural nos ha ayudado a ampliar el concepto del propio yo, superando tradicionales divisiones maniqueas y afrontando recelos infundados respecto del cuerpo y del cuidado de sí.

Si es verdad que hoy existe una enorme facilidad para vivir en un plano sensorial, absolutizando la búsqueda del placer y la ausencia de dolor, también es verdad que hay más posibilidades para actualizar las potencialidades corporales-afectivas-espirituales, construyéndose como ser humano, y usando la propia libertad. No es nuestro estado religioso lo que nos da consistencia, ni la Orden en su estructura y misión son garantía de perseverancia, ni el éxito alcanzado en nuestra actividad pastoral puede fundamentar nuestra coherencia interna, sino el grado de humanización que hayamos alcanzado usando nuestra propia libertad. Porque si la persona no tiene libertad para construirse, para optar en cada momento por el sentido – incluso en lo que se refiere a su cuerpo, al placer y a la sexualidad – tampoco será libre para optar por la vocación religiosa. Ahora bien, es en la medida que haya avanzado en su construcción personal, que haya elaborado su experiencia, cuando se encontrará más capacitado para usar su libertad, especialmente la libertad de amar de forma auténtica. Esto no se construye espontáneamente, supone un trabajo y un esfuerzo intenso y continuado además del apoyo necesario de los medios ordinarios y extraordinarios del proceso de formación.

En el campo de la formación inicial, hemos sentido la necesidad de invertir en la sensibilización sobre la dimensión social con un modelo formativo, orientado para el compromiso pastoral y la transformación de la realidad; después se prestó una atención especial a la espiritualidad quizás como reacción a lo que se consideraba excesivo énfasis en el plano exterior y pérdida de visión del sentido de la acción comprometida. En ese medio tiempo, en las oscilaciones entre ambos extremos formativos, sentimos la necesidad de cultivar el ámbito propiamente humano, porque de nada servía formar teológica, pastoral y espiritualmente si no existía el soporte necesario capaz de asimilar y de hacer realmente acontecer la formación.

En la nueva práctica de mayor proximidad al sujeto de la formación, nos encontramos con las individualidades, la subjetividad del formando, con su historia y proceso evolutivo particular, con sus riquezas y carencias pero nos está costando asumir integralmente la formación en la sexualidad. En escritos anteriores he defendido que, con frecuencia, se tiene la postura de tocar muy poco o nada el tema de la sexualidad, entre otras causas, porque no se sabe bien qué decir, qué proponer ni cómo orientar. La falta de seguridad origina silencios permanentes y una total falta de educación sexual. Quizás se piensa que la materia de moral sexual, propia del currículo de teología, ocupará ese espacio de absentismo formativo. Algo realmente difícil de ocurrir en un contexto propiamente académico. Además, los referentes morales sobre sexualidad, podrán no tener consistencia en una persona con lagunas importantes sobre su desarrollo e identidad sexual, sobre su funcionamiento corporal y sus relaciones. Esta persona no estará siendo convenientemente ayudada en su proceso de crecimiento y de unificación de su ser y se hace firme candidata a la inmadurez afectiva-sexual.

Más grave me parece la actitud formativa que, sistemáticamente, enarbola la bandera del moralismo o de la condenación o desprecio de todo lo que se relaciona con la sexualidad. Cuando menos esta postura ignora elementos básicos que integran la unidad del ser humano, como la fuerza e importancia de los impulsos y sentimientos, la actuación del inconsciente y la influencia del ambiente. Además desecha una parte

noble e importante de su ser llamada a integrarse en su persona desde el uso de su libertad. De esta línea formativa pueden esperarse personas intensamente reprimidas²⁸.

No es difícil imaginar algunas consecuencias de la formación en los modelos apuntados. Los formandos tenderán a situarse en ese ambiente de afonía temática sexual reforzando el silencio, aparentando que todo está bien, que no existe preocupación por su vida sexual y, en definitiva, buscarán respuestas por su cuenta, no raramente aceptando las que les sean ofertadas fuera de la casa de formación.

Superando lo que todavía para algunos religiosos representa un tema tabú, siempre se podrían proponer cuestiones del tipo: ¿Cómo el joven trabaja los sentimientos y orienta su afectividad? ¿Cómo se manifiesta la vivencia sexual? ¿Cómo trata las posibles crisis afectivas, por ejemplo, una vinculación amorosa? Sería prueba de ingenuidad pensar que tales problemas no existen o que cada uno debe tratarlos por su cuenta y a su manera sin el apoyo que la formación puede ofrecer. La experiencia y numerosos estudios nos muestran que la mayoría de las desistencias, también en los primeros años después de la profesión solemne, se debe a motivos de vinculación afectiva. La persona que ha sido apoyada en este tema durante la formación inicial, será proclive a ser ayudada más tarde.

Sabemos que los últimos años de la formación inicial, incluyen en su bagaje una elaboración y definición de la tendencia sexual además de un probable experimentar afectivo-sexual. En principio ese tiempo sería decisivo para que el joven religioso afiance su identidad sexual y su modo masculino de expresión²⁹. Por eso mismo el potencial afectivo-sexual y su educación han de ser necesariamente trabajados en esta etapa en un clima de claridad y apertura. ¿Y qué es necesario para que esto ocurra? Posiblemente, los formandos no hablan con confianza con sus formadores sobre su sexualidad porque estos tampoco lo hacen nunca o porque los puntos de vista de ellos son tan diferentes que no lograrían entenderse o porque los formadores se ofenderían, decepcionarían o escandalizarían al conocer los pasos que el formando va dando en su evolución afectiva-sexual. A esto hay que añadir la usual inhibición que rodea la expresión sobre este tema y el considerarlo como un asunto eminentemente privado.

En el caso de del adulto joven³⁰ en etapa de formación inicial, hay que considerar su madurez y si ha conseguido desarrollar un sentido de identidad durante la adolescencia. En ese caso, está listo para fusionar su identidad con la de otros por lo que sentirá una fuerte disposición a relaciones cercanas y a experiencias de intimidad. En esta fase de desarrollo, la persona saludable está lista para relaciones de estrecha amistad y para asumir el compromiso religioso que requiere una mayor vinculación afectiva con la congregación y una donación permanente en la consagración y en la misión. Sin embargo, espera encontrar una respuesta adecuada para sus demandas de reconocimiento, valoración y satisfacción afectiva en la comunidad y en sus otras relaciones. Tienden a ser realistas respecto a las fuerzas y debilidades de la comunidad y de las personas que la integran así como de la oferta formativa que se promueve. Puede

²⁸ Personas que se identifican con su capacidad y habilidades mentales o intelectuales y que, explícita o implícitamente, niegan su cuerpo y sus sentimientos. Para ellos la sexualidad es negativa.

²⁹ La investigación acerca del desarrollo adulto no apoya la argumentación de Erikson acerca de que el típico adulto joven encuentre su identidad en la adolescencia. Por el contrario, la mayor parte de la juventud parece ser una continuación de la búsqueda de identidad.

³⁰ Me refiero a la persona comprendida entre los 23 y los 40 años aproximadamente.

hacer manifiesta su búsqueda de una vinculación estrecha con el formador o con alguna otra persona de la comunidad atendiendo a su necesidad de cercanía afectiva e intimidad. El desarrollo vocacional en esta etapa, como elemento fundamental de búsqueda y realización, tiende a ser muy intenso.

Además creo necesario prestar atención a otro factor propio de nuestros días en la cultura occidental. Nuestros seminaristas pueden ser considerados miembros de grupos minoritarios en función de su pretendida opción de vida por lo que pueden atravesar una crisis de identidad particularmente intensa. No sólo tienen que enfrentarse con los mismos cambios de vida con los cuales se enfrentan otros jóvenes, sino además con otra serie de dificultades derivadas de su consagración religiosa. Si a eso añadimos que la población religiosa –incluso los mismos formadores - puede encontrarse avanzada en años, estos jóvenes pueden no encontrar modelos de identificación que supongan una guía y un sostén en su nada fácil proceso vocacional-religioso.

La formación en la sexualidad

A la hora de admitir candidatos en nuestros seminarios y, con más cuidado, si son entrados en años, se hace necesario verificar y aclarar cómo transcurrió el crecimiento psico-afectivo, es decir, cómo ocurrió la evolución de la afectividad-sexualidad, en qué directrices culturales y religiosas se apoya; del mismo modo, es conveniente elucidar cómo ocurre el contacto con el propio cuerpo y las experiencias sexuales habidas, cómo estas se encuentran en la personalidad y qué representan para la vida actual. Sin olvidar la calidad de las relaciones en el ambiente familiar, escolar, en el grupo de amigos, siendo importante cómo se asumió el propio crecimiento y los eventos que le caracterizaron, entre otros, las creencias y la forma de lidiar con la propia sexualidad. Todo esto hace encarar de una determinada manera la consagración religiosa y el celibato.

Y es que la formación en el campo afectivo-sexual es facilitada o complicada por las condiciones en las que ha vivido, por la educación que la persona ha recibido, las experiencias habidas y la madurez alcanzada. Es difícil concebir la madurez humana – en el sentido de ajuste e integración de todas las dimensiones del ser personal – cuando falta un desarrollo básico afectivo-sexual y/o la normal integración de la sexualidad en el resto de la personalidad. En este caso, puede ocurrir un importante desfase, y hasta escisión, entre la vida sexual y el resto de la personalidad, que puede resultar en un cuadro de total negación de la sexualidad en sí y en los demás y/o en unos comportamientos puritanos, ambiguos, controvertidos o desajustados desde el punto de vista sexual. El equilibrio que muchos religiosos de generaciones pasadas han conseguido tardíamente por medio de un arduo trabajo personal, tanto solos como con la ayuda de personas capacitadas, no podemos hoy deseárselo a las nuevas generaciones.

El proyecto formativo, indudablemente, ha de contar con la dimensión afectiva-sexual en su proceso madurativo. Ha de estar atento, con actitud sabia, a todos sus modos y expresiones, a los pasos que va dando relevancia a lo largo del tiempo en las diferentes etapas de crecimiento. A lo largo del proceso formativo se ha de ir orientando el deseo conscientemente, y pacientemente se ha de ir aprendiendo a canalizar su inmenso potencial energético como mejor convenga. En realidad, la expresión del impulso, en la masturbación por ejemplo, apunta finalmente a la necesidad de integración y realización

afectiva. Por ello es importante verificar y contar con que no es en la orientación del impulso que se juega la suerte del equilibrio sexual –aunque ello sea necesario– sino en la canalización de la afectividad y en el ordenamiento del amor. Ahora bien, la renuncia consciente a la actualización del impulso erótico y realización del deseo, que asume la persona consagrada, es un acto ascético necesario, con vistas a estar más entero, más disponible para los asuntos del Reino. Todas las fuerzas, todas las energías se orientan para ese objetivo en el que se cree y para el que se desea contribuir decisivamente mediante la entrega de la propia vida.

¿Qué ocurre con el impulso sexual en la persona consagrada? ¿Se convierten en personas no deseantes? De ningún modo. Si así fuese no podríamos sostener la validez de este estado de vida. Su sexualidad también se dirige, normalmente, para complementar al otro y tenderá a individualizarse si no se la canaliza conscientemente para los otros compañeros de comunidad, el otro objeto de la misión, para el gran Otro: Dios. Ello no podrá ocurrir sin la asimilación y ejercicio de los valores religioso-vocacionales y el cultivo de la oración, pilares que sustentan el celibato como un valor que vale la pena vivir y potenciar.

Ahora bien, ¿es posible asumir integralmente la renuncia que comporta el celibato desde el momento en el que se emite el voto de castidad? A nivel de principio creo que sí, a nivel práctico creo que depende de la situación concreta de cada persona consagrada en la que incide su nivel de desarrollo. Parto, en esta visión, de la necesidad de implicarse en un postulado celibatario ideal, cuando se dan las condiciones básicas de responder “Sí” al Señor que llama, al mismo tiempo que la vivencia celibataria en su plenitud se construye en el tiempo. El ideal del celibato, como todo ideal, no puede ser un punto de partida sino un punto de llegada en cuya consecución está involucrada toda la persona y sus circunstancias. En el proceso de maduración afectiva, es inevitable pasar por vivencias en las que se asienta la canalización genital y la integración sexual, a su vez, garantía de una sana vivencia del celibato. Este proceso, como parte del desarrollo humano, no termina en la etapa de la formación inicial, como se puede tender a pensar, sino que se extiende por toda la vida. El impulso sexual y el deseo existirán por toda la vida, aunque, en función del compromiso y vivencia del celibato, la respuesta sexual que se orienta para su objeto pasa a ser inhibida conscientemente en su realización³¹.

¿Qué rasgos serían básicos para augurar un normal desarrollo en la afectividad? Un primer rasgo importante es la tendencia de la persona al desarrollo de todas las facetas de su ser, lo que se traduce en querer crecer y poner los medios a su alcance. De esa manera, propicia la orientación consciente de sus impulsos, sexuales y agresivos, adecuada a su maduración, a los compromisos asumidos y al proyecto formativo. Es posible dentro de una línea formativa en la que el principal responsable de la formación es el propio formando y en la que nada importante podrá ocurrir sin que este sea capaz de asumirlo libremente. En la medida que sea más adulto también será más autónomo, menos condicionado, tanto por su historia personal, como por los propios impulsos o las presiones y limitaciones ambientales.

Por otro lado, será capaz de expresar su afectividad, sus sentimientos sin ser dominado por ellos. Encontrará en ellos una riqueza digna de ser vivida, con confianza y alegría, en el contacto consigo y en las relaciones con los demás, las cosas y Dios, y orientada

³¹ El no tener una vida sexual activa y el no desear tenerla, a nivel consciente, puede implicar una prolongada calma en materia sexual por causa de mecanismos inhibidores internos.

en conformidad con los valores en los que cree. Además sentirá la sexualidad en una particular manera de ser masculino que evoca la complementariedad del otro sexo y despierta actitudes y comportamientos acordes³². Le es posible tanto la opción de unión con una persona amada como la opción celibataria. Finalmente, demuestra capacidades sociales y de interacción, asumiendo el contexto y las exigencias de las relaciones en el seminario, con la familia, en las actividades pastorales, desempeñando con seguridad y tino su papel en cada uno de esos contextos.

Insisto en la necesidad, desde el comienzo de la formación inicial, de incentivar el autoconocimiento y el necesario trabajo consigo, no escondiendo ninguno de los compromisos que supone la vida religiosa y la vida celibataria. Pero, al mismo tiempo que se acompaña la evolución humana integral del formando, se le ayuda a encontrar o fortalecer el sentido de una renuncia tan importante. El trabajo personal que conlleva esta tarea ha de propiciar una iluminación progresiva del ser, el descubrimiento de motivaciones consistentes y la voluntad decidida de abrazar la vocación religiosa. Este proceso que podemos describir genéricamente como andadura vocacional, es necesario de cara a la madurez vocacional y con vistas al equilibrio afectivo. En él el celibato ha de presentarse como realmente es y lo que supone, tanto en su dimensión de renuncia como de adquisición, realización y satisfacción. Y el formando ha de ser consciente de ello, de sus limitaciones y de sus logros en el campo afectivo, así como de los valores que desea encarnar al asumir la vida célibe.

La afectividad siempre presente

La madurez psicológica se desarrolla a través de períodos discontinuos de modificaciones rápidas y períodos estables de consolidación de lo adquirido. Los períodos críticos de cambio pueden conducir a grandes modificaciones. Usualmente se les denomina de crisis y siempre tienen consecuencias para la persona que pasa por ellos. Puede ser crisis de fe, vocacional o afectiva pero, por su extensión y profundidad, siempre inquieta y perturba solicitando la atención del interesado. Aunque ella raramente lo ve, la crisis es una oportunidad inusitada de desinstalación y de avance pues impele a la búsqueda de nuevas respuestas y nuevas realidades más acordes con lo que realmente se es y se quiere.

Durante la formación inicial deben hacer acto de presencia varias crisis, inherentes al proceso de desarrollo, propias de la situación existencial y tendentes al ideal del yo que se desea alcanzar. La cercanía y ayuda de los formadores y de la comunidad, en un ambiente acogedor y fraterno, es aquí un factor esencial para condicionar la forma como pueden ser encaradas. O inadecuadamente, pasando de largo y rehuyendo la confrontación con la disonancia presente lo que puede llevar a aceptar una solución de compromiso que impide la superación de la dificultad crítica. O respondiendo al desafío que se presenta adquiriendo una mayor conciencia de sí, adaptación a una nueva realidad alcanzada y el crecimiento en el ser. Cuando las crisis son mal solucionadas, invariablemente, dejan detrás de sí un lastre que interfiere en el bienestar personal y en el ajuste e interacción del individuo con el mundo. Generalmente se trata de experiencias que engullimos pero no digerimos, y que soportamos y vamos cargando por la vida como un peso que curva nuestras espaldas y que se hace notar cada vez más. No debemos sentirnos inhibidos a la hora de ofrecer instrumentos de ayuda de los que

³² Con ello no pretendo excluir de la llamada vocacional a la persona de inclinación homosexual sino que, en este particular, me estoy refiriendo a la persona heterosexual.

hoy normalmente disponemos, de acuerdo con la configuración de la crisis, sea dirección espiritual, psicoterapia u otro tipo de recurso.

Es saludable la experiencia personal que haya fortalecido la auto-confianza, permitiendo una mayor libertad en el sentir, en el expresar las emociones y en lidiar con las diversas situaciones de la vida personal. Es saludable la situación afectiva no condicionada por experiencias traumáticas del pasado y que se expresa en función del momento vivido en el presente. Es saludable la captación de la realidad presente en sus diversos y ricos significados y el responder a ella con seguridad. Es saludable la formación que capacita en el fortalecimiento del yo y en la madurez personal, en un clima de libertad y de progresiva responsabilidad. Es saludable potenciar toda la riqueza personal, apoyar la autonomía solidaria y hacer del proyecto formativo un proceso continuado de auto-formación.

¿Es así nuestra formación? ¿O más bien estamos preparando personas para la institución, para trabajar en ella y perpetuarla, donde la individualidad se considera un elemento de segundo orden? Creo que cada vez es menos posible situarse en una cómoda postura de servicio acrítico a los intereses de la institución en un proyecto formativo carente de cultivo afectivo y humano. Es sintomático, corroborando esta afirmación, que entre las causas del abandono de la vida religiosa y el ministerio presbiteral se cita habitualmente, como primera y más importante, la falta de madurez humana³³.

Desde esta perspectiva el formando que nos interesa es una persona que se siente en camino, que se valora y trabaja por formarse cada vez más pero con comprensión, que se relaciona con afecto, que procura el sentido de lo que hace y se empeña en ser fiel a la llamada a favor del Reino. Esta postura existencial lleva consigo, percibir su ser único, manifestar la individualidad, atreverse a ser diferente, inconformista y creativo lo que, con mucha frecuencia, no es bien mirado ni consentido en algunos de nuestros ambientes. Asume la responsabilidad de todo lo que le dice relación, procura relaciones de amistad y de comunión, se compromete con la verdad para llegar a ser tan plenamente humano como sea posible.

Hoy en día, para esta persona ¿nuestra estructura y vida religiosa es atrayente? ¿Encuentra en ella los elementos favorables para llevar adelante su vocación y realizarse? Bien, esto es otro cantar y otro amplio e interesante tema en el que, sin duda, incide decisivamente la vida afectiva de los grupos comunitarios y todo lo que concierne a la Orden y a las Provincias, en cuanto institución que responde o no al deseo fundante y a los desafíos pastorales de nuestro mundo. Quizás, cada uno de nosotros, de acuerdo con la propia realidad, podamos dar una respuesta. Lo que sí me parece claro es que un candidato, empeñado en una tarea de desarrollo personal, cada vez más responsable y maduro, difícilmente va a querer comprometerse con una comunidad o provincia que frena el impulso del desarrollo individual, no se importa con

³³ Revista Seminarios, n. 137, pp. 343-358, 1995. Las causas o los factores que más influyen en las decisiones de abandonar la vida consagrada por parte de religiosos y religiosas tiene que ver más con la crisis afectiva que con la secularización ambiental. Así se desprende de una encuesta basada en 184 testimonios de unos 30 países referentes a casos de deserción pertenecientes a varias órdenes y congregaciones religiosas recogidos en Roma, en su mayor parte, pero también en España y en Inglaterra. ('Razón y Fe', marzo 2004, **Lluís Oviedo Torró**, profesor de Teología en el Pontificio Ateneo Antonianum de Roma).

la tarea de desarrollo comunitaria, vive instalado en un “modus operandi” del mínimo esfuerzo y escaso cambio y su principal preocupación es la edad de sus miembros y cómo salvaguardar los principios, normas y obras. En este ambiente difícilmente encontraría realización humana, vocacional y espiritual.

Bien diferente puede ser el destino de un tipo de formando que se ha trabajado poco, acomodaticio y con escasa inquietud. Para estos generalmente nuestra institución, cuando conformada e incapaz de renovarse, ofrece todo el caldo de cultivo necesario para un ajuste sin mayores traumas ni compromisos. La comunidad es la “gran madre” que provee generosamente todo lo necesario pidiendo a cambio apenas vivir en comunidad, ser un “buen religioso” o religioso cumplidor y hacer lo que le pidan. En nuestra habitual estructura es muy fácil para la persona, a cambio de seguridad o de la satisfacción de otras necesidades, acomodarse en un nivel mínimo de respuesta, cohibiendo posibles ansias de realización y sin ofrecer más que lo estipulado. Todo ello se traduce en pobreza de vida, irresponsabilidad para consigo y en una inmadurez incapacitadora para asumir su existencia. No podrá venir cualquier revitalización de personas identificadas con semejante perfil.

El proyecto individual, comunitario y provincial han de estar en sintonía y abiertos al progreso si de hecho se desea avanzar en una mayor coherencia y dinamismo vocacional. Teniendo candidatos o formados cabe preguntarse qué perfil de candidato atraemos y es capaz de identificarse con nosotros. No por el simple hecho de contar con formandos nuestra institución va bien. Pero la provincia es afectada si hay o no gente en formación. Y los formandos se sienten afectados por el clima y proyecto provincial.

Una provincia gana un nuevo dinamismo renovador si tiene la valentía de analizar no solamente la formación sino todos los demás procesos que la integran y admitir su propia verdad. Y esto de manera continua como continua es la vida que se desea potenciar. A su vez los formandos se sentirán apoyados en su proceso formativo integral, no tanto con buenas palabras o excesivas concesiones, sino por la afectación de una institución provincial y comunitaria que se trabaja permanentemente, revisando las reglas y las prácticas, valorando la humanidad de sus miembros, enriqueciendo las relaciones, estableciendo vínculos sanos, creciendo en la actualización del carisma, extendiendo el Reino de Dios. En un contexto así, casi ideal, la formación va a ocurrir naturalmente pues existe una situación presente y una visión de futuro provincial que se integra con el proyecto formativo y lo potencia. Y los formadores verán iluminada y facilitada enormemente su misión pues existe coherencia entre las propuestas formativas y el estilo de vida y la misión de la Provincia.

Lo afectivo y sexual, lejos de negarse o esconderse, pasa a tener una valoración positiva en su expresión consciente y continuada en la comunidad y en la misión, dentro del marco ascético y testimonial de la vida consagrada, en el particular contexto de una provincia agustiniana.

PARA TRABAJAR EN GRUPOS

SÍNDROME DE DESLUMBRAMIENTO

O DE LA PASION Y AMOR CAÓTICO

Deslumbramiento, según el diccionario significa "seducir, encantar, fascinar...dejarse fascinar o seducir".

El presbítero o religioso(a) establece una *relación social* con otra persona (parroquiana, agente de pastoral, profesor/a, alumno/a, etc.). Los contactos frecuentes, necesarios para el desarrollo de actividades comunes, facilitan una relación que, progresivamente, *se va haciendo más cercana*. En esta fase la relación es pública.

Estando las dos partes implícitamente de acuerdo, se buscan encuentros a solas, justificándolos como necesarios para desarrollar el trabajo, o, entonces, como manifestaciones de amistad, ayuda y apoyo, como pasatiempo y descanso... La relación avanza, progresivamente, hacia una comunicación más centrada en las personas y contactos físicos más estrechos y frecuentes, que suponen un contacto sexual superficial y se consideran manifestaciones de afecto que fortalecen la unión y originan una adecuada satisfacción. Todo ello indicando que, en este momento, existe una fuerte atracción física mutua y comienza a despuntar la pasión.

En una siguiente fase se propicia la declaración amorosa de una de las dos partes y (o) la invitación a una relación más profunda. Habitualmente, se señala *la relación sexual sin compromiso* y sin mayores pretensiones que la satisfacción sexual y la manifestación de afecto. En esta fase se define, en gran parte, el futuro de la relación y la entrada o no en el corazón del síndrome de deslumbramiento, dependiendo de:

1.- Si el religioso **toma conciencia** de su situación, es decir, de su fuerte inclinación sexual por su pareja aliada a intensos deseos de estar en contacto con ella, de verla, de oírla, tocarla, hablarle, sentirla y ser correspondido por ella. Y toma conciencia de su opción de vida religiosa y(o) presbiteral, restableciendo su jerarquía de valores e *integrando el valor de la relación con su pareja en el lugar que le corresponde*.

2.- Si el religioso **continúa ignorando** su opción religiosa (vital) y cultiva la relación, dentro de un clima sexual y afectivo que pasa a comprometer intensamente su persona y su vida.

En el caso de que se incline por la *segunda alternativa*, poco a poco va a sentir el peso de llevar una vida doble, dividido entre dos realidades que apuntan a metas dispares. Quedando inmóvil en su posición, el conflicto se intensifica provocando angustia, tristeza, confusión, devaluación de si mismo, pérdida progresiva del ideal religioso. Pasará a confrontarse entonces con *dos posibilidades* para disminuir la angustia y resolver el conflicto interno y externo:

- a.- Dejar la congregación y/o el ministerio asumiendo la relación amorosa.
- b.- Reasumir la consagración y/o el ministerio abandonando la relación amorosa.

En el caso de que escoja la segunda alternativa y permanezca en las mismas condiciones ambientales, ocurre frecuentemente que, *se corta la relación sexual pero se continúa el contacto con la persona amada* y, simultáneamente, se intensifica el trabajo y la oración y se procura la compañía de otras personas. Se piensa que, de ese modo, se

podrá trabajar y reconstruir fácilmente, sin necesidad de consultar con alguien que pueda ayudarlo.

El sacerdote o religioso permanece *dividido entre su vocación* - que ahora no consigue vivirla con la misma intensidad que anteriormente, con dedicación plena, tranquilidad interior, sin dudas vocacionales - *y la persona objeto de su amor* que le reporta fantasías, deseos, sueños de realización. Mientras, la vocación pasa a tener una connotación de retención, de impedimento, de negatividad, la persona amada se reviste de libertad, satisfacción, positividad.

Se *intensifica el deslumbramiento*, esto es, la persona no consigue iluminarse, percibir su realidad como persona consagrada, y visualizar la realidad social de su entorno. Su visión se estrecha y se concentra en la situación presente, de manera confusa y obsesiva. Para la persona, sumergida en un círculo alrededor de sí misma, existen únicamente dos individuos: la persona amada y ella misma.

En esta fase, la autoestima es baja, la angustia creciente, la relación con las personas falsa y disfrazada, el contacto con Dios se interrumpe. Además, existen fuertes resistencias que le impiden visualizarse, confrontarse y retomarse.

Presionado por el conflicto y la angustia, deslumbrada por la pasión, *la persona tiende a tomar decisiones apresuradas y contrarias a su propia historia*. El desenlace del síndrome es la salida de la congregación y/o el abandono del ministerio. Sólo más tarde, cuando el deslumbramiento se deshace, la pasión cesa, percibe que *el amor tenía un brillo excesivo, que el camino de vuelta prácticamente no existe y que él es el responsable*.

La frecuencia de este síndrome va en aumento en nuestra sociedad, donde el sacerdote y el religioso son puestos a prueba, verificándose su madurez afectiva y vocacional y la solidez de sus valores, especialmente, el de *su entrega y reserva total para Dios*. A quien padece el síndrome, podemos decirle con M. Buber, que "su gran culpa no son los pecados que comete, la tentación es poderosa y su fuerza pequeña; su gran culpa es que en cada momento puede dar la vuelta pero no lo hace".

****José Luis Martínez, OSA****

CUESTIONARIO

1. ¿Conozco religiosos que hayan padecido el síndrome del deslumbramiento? Puedes relatar un caso significativo al grupo.
2. En tu opinión, en el caso narrado, ¿qué aspectos influyeron más para que se diera la entrada y eventual mantenimiento del síndrome? ¿Qué aspectos influyeron más para que se diese su superación, si esta ocurrió?
3. ¿Crees que todos hemos de pasar algún día por el síndrome del deslumbramiento o por otros procesos de fuerte implicación afectiva?
4. ¿Qué ayudas podemos ofrecer al formando o al religioso en una situación de deslumbramiento o de fuerte implicación afectiva?

5. ¿Cómo orientar en la formación teniendo en cuenta el desarrollo afectivo-sexual de cada formando? ¿Qué orientaciones se pueden dar? ¿Qué límites se pueden colocar? ¿Qué metas se pueden proponer?

BIBLIOGRAFÍA

AA.VV., *Afetividade e vida religiosa*, Publicações CRB, Rio de Janeiro, 1989. *Gênero e poder na vida religiosa*, Publicações CRB, São Paulo, 1999. *Sexualidade: Cultura ética e vida religiosa*, Publicações CRB, São Paulo, 1999. *Gênero, identidade e vida religiosa*, Publicações CRB, São Paulo, 2000. *Masculino e feminino na vida religiosa*, Publicações CRB, São Paulo, 2000. *Presbíteros do Brasil construindo história*, Paulus, São Paulo, 2001.

BADINTER, E., *Sobre a identidade masculina*, Nova Fronteira, Rio de Janeiro, 1992.

BLEICHMAR, E.D., *O feminismo espontâneo da histeria. Estudo dos transtornos narcisistas da feminilidade*, Artes Médicas, Porto Alegre, 1988.

DOMÍNGUEZ MORANO C., *Los registros del deseo*, Desclée de Brouwer, Bilbao, 2001. *La aventura del celibato evangélico*, Frontera-Hegian, Vitoria/Gasteiz, 2000.

DREWERWAN, E., *Clérigos, psicodrama de un ideal*, Trotta, Madrid 1995.

E. PAPALIA D., WENDKOS OLDS, S., *Desarrollo humano*, McGraw-Hill, México, 1987.

ERIKSON, E., *Identidade, juventude e crise*, Editora Zahar, Rio de Janeiro, 1971.

FREUD, S., *Obras completas*, Paidós, Buenos Aires, 1960.

KINSEY, A., *Sexual behavior in the human male*, Saunders, Philadelphia, 1948.

LAPLANCE, J., PONTALIS, J.B., *Diccionario de Psicoanálisis*, Paidós, Barcelona, 1996.

LIDZ, T., *La persona*, Herder, Barcelona, 1985.

LUKAS, E., *Tu familia necesita sentido*, Ediciones SM, Madrid, 1983.

MAY, R., *A Arte do Aconselhamento Psicológico*, Ed. Vozes, Petrópolis, 1977, p. 148.

MARTÍNEZ MARTÍNEZ, J.L., *Sobre el cuerpo y el espíritu*, San Pablo, Madrid, 1998. *La conquista de la libertad*, San Pablo, Madrid, 2001. *Construir la vida, Sexualidad y crecimiento en la vida sacerdotal y religiosa*, Publicaciones Claretianas, Madrid, 2003. *La vida célibe como vocación y proyecto de amor*, In “Celibato por el reino: Carisma y profecía”, Publ. Claretianas, Madrid, 2003.

SPITZ, R., *El primer año de la vida del niño*, Aguilar, Madrid, 1973.

STOLLER, R.J., *Masculinidade e feminilidade. Apresentação do gênero*. Artes Médicas, Porto Alegre, 1993.

VAN HEESWYK, J., *La experiencia del enamoramiento y cómo enfrentarla*, in Testimonio, n. 114, Santiago de Chile, julio/agosto 1989.

WINNICOTT, D.W., *Acerca de los niños*, Paidós, Buenos Aires, 1998.